

EL NEGRO PÁJARO DE LA MUERTE

CLARK CARRADOS

«… Estaba allí, sumido en el hielo, pero perfectamente conservado, como si no hubieran transcurrido en él un millón de años. Era un verdadero gigante, de más de tres metros de altura y, calculo, doscientos kilos de peso, pero de formas perfectamente proporcionadas. No había en las inmediaciones rastro de ninguna nave espacial ni de otro vehículo que pudiera explicar la forma en que el gigante había llegado a la Antártida.

»Me dio la sensación de que era un mensajero que llevaba la diadema para coronar a la reina de algún país fantástico. Casi más que diadema, parecía una mitra, aunque no estaba cerrada por la parte superior. Tenía forma ligeramente cónica, de unos cuarenta centímetros de altura, por las dimensiones suficientes para ajustar en un cráneo humano de tamaño normal. El número de piedras preciosas que adornaban el oro —si es oro aquel metal—, era incalculable, y formaban extraños dibujos, de gran belleza, como no se han visto jamás en ningún país de este mundo».

Una expedición a bordo del *Attruk* está navegando rumbo a un punto situado entre el Círculo Polar Antártico y el Polo Sur en busca de una diadema de un valor incalculable protegida por un ser gigantesco atrapado en un bloque de hielo desde hace más de un millón de años…



Clark Carrados

El negro pájaro de la muerte

Bolsilibros: Selección Terror - 70

ePub r1.0
Titivillus 06.03.15

Título original: *El negro pájaro de la muerte*
Clark Carrados, 1974
Diseño de cubierta: Desilo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Algo le despertó y no fue sólo el hecho de que llevase durmiendo una infinidad de tiempo. Charles *Bull* Sterkey abrió un ojo con precaución, porque le parecía que el párpado le pesaba un par de arrobas, y trató así de habituarse a la luz de su alojamiento.

La luz entraba por una ventanilla redonda, al otro lado de la cual sólo se veía un cielo brumoso y plomizo. Pero no sólo la luz había despertado a Sterkey, sino ciertos ruidos que ahora reconocía como plenamente familiares: el chap-chap de las olas, el tenue silbido del viento entre los cordajes y el profundo y rítmico tran-tran de las máquinas del barco.

Entonces, de golpe, comprendió su situación y se sentó en la litera.

—Pero ¿qué diablos hago yo a bordo de un barco? —exclamó, sin poder contenerse.

Miró sus ropas. Sí, eran las suyas y allí, en el fondo del minúsculo camarote, se divisaba la vieja y pequeña maleta que contenía sus menguados efectos. La gorra y el grueso chaquetón pendían de un perchero. Junto a las camas estaban sus recias botas. Sterkey supo entonces que le habían tirado inconsciente sobre la litera, limitándose a quitarle la gorra y el chaquetón y a dejarle los pies descalzos.

El barco se balanceaba no demasiado sino con frecuencia, lo que le dijo que debía ser de pequeño tonelaje. Pero la portilla estaba muy baja, por lo que no podía ver el menor detalle de la cubierta. Le hubiera bastado echar un vistazo a un salvavidas, para conocer el nombre de la que, a juzgar por el aspecto del camarote en que se hallaba, era una vieja bañera.

En el pequeño lavabo, se mojó un poco la cara. Para peinarse, le bastaron los dedos, pasados un par de veces por sus revueltos cabellos. Sentía la lengua espesa, pastosa, y le dolía un poco la cabeza.

—La pesqué buena anoche —masculló, irritado por haber caído en lo que estimaba una trampa indecente.

Un marino borracho, inconsciente, un barco falto de tripulantes y un capitán sin escrúpulos. Demasiado lo sabía él, aunque no hubiera hecho jamás nada semejante. Tal vez porque su juventud le había impedido llegar a tales extremos. Pero si seguía navegando, un día llegaría a hacer lo mismo que el desaprensivo capitán de aquel maldito buque en que ahora se hallaba.

Vestido convenientemente, abrió la puerta del camarote y salió al pasillo. Al fondo del mismo se divisaba una escalera por la cual entraban frías rachas de viento salino.

La escalera llevaba a cubierta. Sterkey se dirigió sin vacilar hacia ella. De pronto, se abrió la puerta de un camarote y le golpeó. La puerta, al ceder, golpeó a su vez a una mujer.

Sonó un grito sofocado. Sterkey se tambaleó.

Una hermosa mujer, de unos veinticinco años, apareció ante sus ojos.

—¡Bruto! —le apostrofó ella—. ¿No podía mirar por dónde va?

Sterkey se llevó la mano a la gorra.

—Excúseme, señora; la puerta se abrió de golpe, justo cuando yo pasaba. El pasillo es muy estrecho…

Una atractiva sonrisa apareció inesperadamente en los labios de la joven.

—Creo que me he irritado sin causa —dijo—. Esa puerta me hizo un poco de daño en el

hombro izquierdo y hablé sin pensarlo. Sí, tiene usted razón; el pasillo es muy estrecho. —De pronto, le tendió la mano—. Soy Kate Doggen.

—Charles Sterkey. Algunos me llaman *Bull*. Usted puede hacerlo, señora Doggen —sonrió él.

—No estoy casada —dijo Kate, quien agregó—: Nuevo a bordo, ¿eh?

La cara de Sterkey se contrajo.

—Y no por propia voluntad —manifestó.

—¿Cómo?

—Ahora mismo voy a ver al capitón. Alguien me puso una pócima en mi bebida y me transportó anoche inconsciente a esta maldita bañera. Le diré cuatro cosas al capitán, créame.

Kate le contempló especulativamente.

—*Bull*, usted tiene nombre de toro y parece poseer su fuerza, pero cuidado con el capitán Saphson: podría partirle el espinazo como si fuese un palillo de dientes —advirtió con dramático acento.

—¡Diablos! —exclamó él—. ¡Debe de ser un gigante!

—Dos metros con doce centímetros —puntualizó Kate.

—Veintidós más que yo. Y, ¿cuántos menos tiene usted?

Kate se echó a reír.

—Soy alta, en efecto —convino—. Metro ochenta y uno.

Sterkey volvió a mirarla. Sí, Kate era altísima, pero estaba magníficamente proporcionada, lo que se podía advertir incluso con aquellos gruesos ropajes, propios de las frías latitudes en que se hallaban en aquellos momentos.

—De todas formas, por hablar, no se le rompe a uno el espinazo —dijo él. Y ya se disponía a poner el pie en el primer peldaño, cuando, de pronto, recordó algo y se volvió hacia la joven—: Señorita Doggen, ¿cómo se llama este cascajo y adónde vamos? —preguntó—. Es decir, si usted sabe…

—Lo sé, en efecto —respondió ella—. Estamos a bordo del *Attruk* y navegamos rumbo a un punto situado entre el Círculo Polar Antártico y el Polo Sur.

* * *

Sterkey llegó a cubierta. El viento, fresco, le dio en plena cara, despejando su cabeza de las últimas brumas. Por la marcha del barco y el movimiento de las olas, calculó que la velocidad del viento era de unos veinte nudos, unos treinta y siete kilómetros por hora. El viento soplaba del tercer cuadrante.

El barco era pequeño, en efecto; Sterkey calculó que no tenía mil toneladas siquiera. Pero aunque no nuevo, todo parecía muy bien dispuesto a bordo y la limpieza saltaba a la vista dondequiera que se mirase. El capitán Saphson era un hombre que conocía su oficio, se dijo, incluyendo la parte de reclutar marineros beodos.

Un hombre pasó por su lado.

—Eh, ¿dónde está el capitán? —preguntó.

—En el puente —respondió el otro sin detenerse.

Sterkey se encaminó hacia el puente. Arriba, la antena del radar giraba rítmicamente. En su mástil, las cazoletas del anemómetro daban vueltas vertiginosamente. De vez en cuando, la proa se metía en una ola y el barco retemblaba de la quilla a la cubierta.

Subió al puente. Había tres hombres: el timonel, el oficial de guardia y el capitán. Éste se hallaba inclinado sobre una mesa llena de mapas, trazando el rumbo con ayuda de reglas graduadas, compases y lápices.

Abrió la puerta. El oficial de guardia volvió la cabeza.

—Eh, oiga, largo de aquí —ordenó—. Éste no es sitio para…

—No he venido a verle a usted, sino al capitán —atajó Sterkey, rápido y decidido—. ¿Capitán?

El aludido se incorporó. A pesar de que estaba prevenido, Sterkey no pudo evitar la boca en un gesto de instintivo asombro.

Saphson era un verdadero gigante, de ojos de fuego y barba roja, con una corpulencia extraordinaria, lo que le convertía casi en un ser de pesadilla. Sterkey no supo calcular su edad; cualquier cifra comprendida entre treinta y cincuenta años, podía ser acertada.

—El señor Iverson acaba de darle una orden —dijo Saphson con voz de trueno, enteramente adecuada a su figura—. Cúmplala inmediatamente.

—Eh, eh, un momento —protestó Sterkey—. Yo no estoy aquí por mi voluntad, sino que me han traído a la fuerza. Exijo que se me desembarque en algún puerto y me den las explicaciones convenientes. De lo contrario, haré valer mis derechos…

—¿Cómo? ¿Pretende usted insinuar que no se ha enrolado voluntariamente en mi tripulación? —rugió Saphson.

—Eso es, exactamente, lo que he querido decir. Mire, capitán, yo estaba anoche en Port Stanley, y tomé unas copas con un conocido accidental. Debía de ser un agente reclutador, porque, cuando me desperté esta mañana, me encontraba ya a bordo de su barco. Y aunque sí es cierto que buscaba embarcarme, no pensaba hacerlo precisamente a bordo de un buque que se dirige a las proximidades del Polo Sur.

—¿Quién le ha dicho a usted semejante cosa?

Sterkey pensó un instante en Kate y se dijo que quizá no conviniera poner a la chica en un compromiso.

—Oh, lo he oído al pasar —contestó.

—Bien, vayamos donde vayamos, usted es ahora un miembro de la tripulación de mi barco y hará lo que yo o mis oficiales le ordenemos. ¿Comprende?

En aquel momento entró un individuo en el puente. Era un sujeto de unos cuarenta años, de estatura media y nariz ganchuda.

Sterkey lo reconoció instantáneamente.

—¡Ése es! —gritó—. Ése es el tipo que me puso un narcótico en mi vaso, aprovechando una distracción mía.

—Capitán, este tipo está loco —dijo el recién llegado.

—Un poco furioso, nada más, señor Wronski —sonrió Saphson, enseñando una dentadura de lobo—. Bien, usted encontrará algún trabajo para él. Lléveselo y hágalo ganarse el sueldo pactado.

Sterkey se cruzó de brazos.

—No pienso trabajar aquí —dijo—. Estoy a la fuerza y considero nulo cualquier contrato que haya podido firmar bajo estado narcótico.

Wronski le puso una mano en el hombro.

—Vamos —dijo.

Pero casi en el mismo instante, Sterkey disparó su mano izquierda, de revés, y alcanzó al otro en pleno rostro, tirándole contra un rincón. Wronski cayó aullando, con las narices chorreando sangre.

Saphson se acercó al joven en dos zancadas y, agarrándolo por la cintura con ambas manos, lo izó a pulso, separándolo un palmo del suelo. Aquellas manos de gigante hicieron una tremenda presión en la cintura de Sterkey, causándole un dolor insufrible.

—¿Quiere que lo parta en dos? —bramó el gigante—. ¿Es que no se da cuenta del delito que acaba de cometer? Ha golpeado a un superior y eso puede ser severamente castigado, ¿me entiende?

Sterkey boqueó, sin respiración. Ahora, en medio del dolor que sentía, se daba cuenta de que Kate Doggen no había exagerado en lo más mínimo. Saphson podía agarrarle con una mano por el cuello y con la otra por los dos tobillos, tirar y partirle en dos.

—Su…él…te…me… —jadeó.

Saphson lo tiró a un lado. Sterkey creyó que era despedido por un cañón. Rodó por el suelo y chocó contra un mamparo. Las estrellas bailaron repentinamente ante sus ojos.

—Señor Iverson —rugió Saphson.

—¿Señor? —contestó el oficial.

—Tome dos hombres y encierre a este rebelde en el calabozo durante una semana, a pan y agua.

—Sí, señor.

Iverson se asomó a la puerta y gritó algo. Dos hombres treparon a la carrera por la escala.

—Señor Wronski, deje de una vez de atender su maldita nariz y ocupe el puesto del señor Iverson —ordenó Saphson.

Wronski se acercó al timonel, todavía con el pañuelo en la cara, y echó un vistazo a la brújula.

—Maldita sea, te has desviado medio grado —chilló coléricamente.

El timonel movió la rueda. Mientras, dos hombres levantaban al aturdido Sterkey y se lo llevaban hacia abajo.

—No lo olvide usted, señor Iverson; una semana de encierro a pan y agua —repitió Saphson, cuando el grupo abandonaba el puente.

Sterkey fue empujado hacia la cubierta. Cuando ya habían llegado a ella, se sintió un poco mejor e intentó rebelarse.

—Esto es una canallada…

Pero no pudo seguir adelante: una mano de malignos propósitos le golpeó con fuerza en la nuca, haciéndole perder el sentido totalmente.

CAPÍTULO II

El calabozo debía de estar en lo más hondo del buque. No tenía ventilación directa y el aire entraba sólo por un tubo situado junto al techo de metal. Estaba alumbrado por una lámpara de escasa potencia y todo su mobiliario consistía en un húmedo camastro y dos viejas mantas.

La puerta estaba constantemente cerrada. Una vez al día, se abría la mirilla que había en la parte baja y le pasaban una jarra con agua y media barra de pan.

Eso era todo; Sterkey no veía a nadie ni cambiaba una sola palabra con un ser vivo. Le sobraba tiempo para pensar, única cosa que podía hacer en su reducido habitáculo.

A los dos días de encierro, sin embargo, le despertó un ruidito. Abrió los ojos y vio que algo pasaba a través de la mirilla inferior. Alguien le traía algo más que pan y agua: una jarra, de la que salía un reconfortante olor a café, y un bulto envuelto en papeles.

La mano que vio era blanca y de dedos finos, rematados en uñas puntiagudas, aunque sin pintar. Segundos más tarde, se cerró la mirilla.

Sterkey abandonó el camastro. El bulto contenía unos sabrosos bocadillos, que despachó con magnífico apetito. El café le entonó considerablemente. En su interior, dio gracias a Kate Doggen y se prometió hacerlo de modo verbal en la primera ocasión que se presentase.

Pues no le cabía la menor duda que sólo Kate podía ser la persona que había tratado de suavizar la dureza de su encierro.

La visita se repitió el resto de los días que permaneció en el calabozo. Al fin, se terminó el suplicio.

Iverson vino a abrirle.

—Salga —ordenó.

Sterkey se dijo que lo mejor sería actuar como si nada hubiera ocurrido. Ya le llegaría la ocasión de desquitarse.

Por el momento, no era más que un simple marinero y, le gustase o no, estaba obligado a cumplir las órdenes de los oficiales del barco. Protestar traía malas consecuencias, había podido experimentarlo sobradamente.

—Sí, señor —dijo, con manso acento.

—Suba a cubierta y busque al contramaestre MacKee. Él le asignará un puesto.

—Bien, señor.

Iverson se marchó delante de él. Sterkey recogió su gorra y su chaquetón y salió del calabozo, preguntándose dónde podría encontrar un baño y una navaja de afeitar.

El calabozo estaba en la parte más baja del buque; había podido percibir claramente el golpeteo de las olas contra el casco, por encima de su cabeza. Subió por la escalera inmediata y se encontró en un pasillo ya conocido.

Había una puerta entreabierta, de la que salían unas voces humanas. Una de ellas pertenecía a un hombre; la otra era de mujer.

—No me gusta, Kate —decía el hombre—. Cada vez me gusta menos ese capitán Saphson.

—En Boston se lo recomendaron a usted y le recomendaron también su barco. Tiene genio, pero, aparte de eso, es un buen marino —declaró Kate.

—No dudo de su capacidad como marino, muchacha; son otras cosas las que me preocupan…

Sterkey no pudo enterarse del motivo de las preocupaciones del hombre, porque siguió adelante. Sin embargo, oyó la voz de Kate que trataba de animarlo.

—Vamos, vamos, profesor; deseche sus aprensiones…

Sterkey subió a cubierta. Al primer tipo a quien se encontró le preguntó por el contramaestre MacKee.

—Míralo, ahí lo tienes —dijo el interpelado. Sterkey se acercó a MacKee.

—Señor, el señor Iverson me dio orden de verle a usted —dijo.

MacKee, bajo, fornido, de ojos muy claros, le miró especulativamente.

—Jake Cormoran está en el cuarto de aparejos. Pídale grasa y engrase las roldanas de la grúa —ordenó.

—Bien, señor.

A Sterkey no le fue difícil hallar el lugar indicado. Había allí un hombre sentado ante un rollo de cuerdas, afilando un cuchillo de pavorosas dimensiones. Sterkey lo vio de espaldas y apreció un cráneo completamente afeitado, emergiendo de una chaqueta con cuello de piel y dibujos geométricos muy bonitos, pero que ahora estaban cubiertos de grasa y suciedad.

—Eh, Jake, el señor MacKee ha dicho que me des un pote de grasa. Las roldanas de la grúa chirrían —exclamó.

Cormoran se volvió y enseñó los dientes al sonreír. Sterkey respingó; aquellos dientes habían sido limados y terminaban en punta.

—Ahí tienes —dijo Cormoran, el esquimal.

Sterkey agarró un enorme pote y un grueso pincel y se dirigió hacia la salida. Detrás de él, Cormoran lanzó una risita que le pareció el chillido de una foca.

Subió a cubierta. El aspecto del mar era deprimente; grisáceo, con abundantes espumas y un cielo completamente cubierto. Hacía frío; Sterkey se dijo que debían andar ya por bajo del paralelo 60.

Un hombre se le acercó a poco.

—Tú eres el nuevo, ¿eh?

—Sí —respondió Sterkey, lacónicamente.

—Es curioso que te encontraran en las Malvinas. ¿Qué hacías tan lejos de Boston?

—Había desembarcado del *Mary R.*, un ballenero que hacía la campaña por aquellas aguas. No me gustaba el capitán, simplemente.

—¿Era peor que nuestro gigante?

Sterkey dirigió una larga mirada al individuo.

—Nuestro capitán me parece un ángel —contestó.

El otro se echó a reír.

—Me tomas por un chivato, ¿eh? Te equivocas, muchacho, pero si prefieres pensar así…

—Pienso como me parece.

—Es justo, pero ya te llegará ocasión de pensar más todavía. Me pregunto yo qué habrá visto Saphson en ti; no hacía más que mencionarte desde que salimos de Boston.

Sterkey suspendió un momento su labor para estudiar el rostro del individuo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó, intrigado.

—Ya lo has oído. Y no te preocupes; tiempo quedará de enterarte de muchas cosas. Como dijo aquél, apenas si hemos empezado a dar los primeros pasos por el sendero sin retorno.

El marinero ya no quiso decir más; dio media vuelta y se alejó, dejando a Sterkey profundamente preocupado.

Al cabo de un rato, Sterkey vio a una mujer.

En el primer momento, creyó que se trataba de Kate. Un examen más detenido le demostró su error.

Aquella mujer era más baja que Kate, aunque, probablemente, muchísimo más bella. Los cabellos, rubios como hilos de oro, emergían de un chaquetón de finísimas pieles, en el que sobresalían unos bordados de gran belleza. Probablemente, era un par de años más joven que Kate, aunque casi parecía una niña, debido a la dulzura y suavidad de sus facciones.

Estaba junto a la borda. De pronto, levantó una mano para atusarse el cabello. Sterkey se fijó en el detalle. Aquella delicada mano, ¿era la misma que había suavizado su encierro?

La muchacha se volvió y le miró. Una cálida sonrisa se dibujó en sus labios, a los que no les hacía falta nada extraño para poseer un color rojo lleno de vitalidad. Sterkey sonrió también.

De pronto, sonaron unas risas a su lado.

—La rubia le gusta —dijo uno.

—¿A quién no? —añadió otro.

Sterkey se volvió. Frunció el ceño.

Uno de los dos individuos le resultó conocido. Había ayudado a Iverson a llevarlo al calabozo. Más todavía: era el que le había propinado el puñetazo que lo dejó sin sentido.

—Esa rubia no es para ti, marinero —dijo el sujeto.

—Si conservases aún tu grado…, pero aquí no eres más que uno de nosotros —añadió su compañero.

—Fíjate, ahí lo tienes, embadurnando de grasa las roldanas… Has bajado muchos peldaños en la escala, ¿eh?

—Lo que le han bajado han sido los humos, tú.

—Aguarda —rió el primero—. Todavía no ha empezado a trabajar de veras; he oído decir que cuando termine de engrasar, tendrá que ir a limpiar las letrinas.

Sterkey se hartó. El marinero que le había golpeado estaba muy cerca de él, deliberadamente cerca, a fin de echarle sus risas a la cara. Con aire natural, Sterkey movió su codo.

Fue un gesto aparentemente normal, pero llevaba una fuerza indescriptible. A fin de cuentas, Sterkey medía un metro noventa, pesaba ochenta y cinco kilos y el encierro no había ablandado sus músculos de manera excesiva. El codo se hundió en el estómago del burlón y lo dejó sin aliento de tal modo, que se vio obligado a sentarse en el suelo.

El otro protestó obscenamente. Sterkey se volvió hacia él y le metió en la boca la brocha llena de grasa.

Alguien corrió hacia el grupo.

—¡Eh! ¿Qué diablos pasa ahí? —gritó Iverson.

—No me gusta que me molesten cuando trabajo —contestó Sterkey, serenamente.

Iverson miró a los dos marineros, el uno con la cara desencajada y el otro espurreando grasa por la boca.

—Vamos, Pernell, Staunton, largo de aquí —ordenó.

Los nombrados se marcharon, lanzando mil maldiciones. Iverson fijó la vista en Sterkey.

—Será mejor que aprenda a soportar las bromas —indicó severamente—. Una broma no hace mal a nadie y ayuda a la convivencia.

—Bueno —contestó el joven, con indiferencia.

—Las cosas no marchan demasiado bien a bordo —declaró el segundo de forma sorprendente —. Trate de no empeorarlas.

—Alguien me engañó. Yo no estoy aquí voluntariamente.

—Eso me importa un bledo, Sterkey. Tenga cuidado o lo pasará muy mal.

Iverson se marchó. Sterkey solía conocer bien a los hombres. El segundo era un hombre recto y disciplinado. Para Iverson, él era solamente un marinero que debía cumplir su deber.

Siguió con su trabajo. Poco después, se le acercó Kate.

—¿Cómo se encuentra? —saludó—. Ya me enteré de lo que le ocurrió. Créame que lo siento de veras.

—Gracias. Oiga, un rato de estos me gustaría hablar extensamente con usted.

—Hay tiempo de sobra —dijo Kate, enigmáticamente.

—Sobre todo, para el profesor. ¿Quién es?

Kate se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe? ¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

—¿Acaso la presencia del profesor a bordo es algo secreto?

—No, claro; pero no ha tenido tiempo de hablar…

—Usted sí que hablaba esta mañana. Yo lo oí al pasar por delante de su camarote. O quizá era el camarote del profesor; pero, en todo caso, la próxima vez tengan la puerta debidamente cerrada.

Los ojos de Kate chispearon.

—Comprendo —dijo—. Seguiré su consejo, señor Sterkey.

—No soy ningún oficial. Llámeme *Bull*, simplemente.

—Sí, *Bull* —sonrió la joven.

Y se marchó.

Sterkey meneó la cabeza.

—Guapa chica —dijo a media voz—. La rubia es infinitamente más bella, pero parece una diosa inalcanzable.

Y, perplejo, se preguntó qué hacían aquellas dos beldades a bordo de un barco cuya tripulación, en un noventa por ciento, parecía estar compuesta por piratas.

Miró hacia la popa. La bandera de las barras y las estrellas ondeaba, agitada con fuerza por el viento. Le extrañó no ver la bandera negra, con la calavera y las tibias cruzadas.

CAPÍTULO III

El hombre estaba acodado melancólicamente en la borda. La noche, oscurísima, apenas si permitía ver las espumeantes crestas de las olas.

Un farol alumbraba aquella parte de la cubierta. Abajo, sin embargo, hacía calor. Por dicha razón, Sterkey, insomne, ya que había tenido tiempo más que sobrado para descansar durante la semana de encierro, decidió tomar un poco el fresco y se dirigió hacia la cubierta.

Linus Orning reflexionaba profundamente. Empezaba a preguntarse si había hecho bien contratando al capitán Saphson. No sólo éste, sino su tripulación, le desagradaban considerablemente. Desde que el *Attruk* zarpara de Boston, había tenido sobradas ocasiones de ver cosas que le habían disgustado muchísimo. Pero ya era tarde para retroceder, se dijo, ignorante de que, en aquellos momentos, había un hombre que se le acercaba con infinita cautela.

De pronto, Orning se sintió levantado en vilo. Antes de que pudiera hacer nada, unas manos de fuerza prodigiosa lo arrojaron al mar por encima de la borda.

Gritó, pero los silbidos del viento se llevaron su voz, llena de pánico. Hundióse en el agua, y el frío penetró instantáneamente hasta sus huesos.

Aturdido, creyendo se trataba solamente de una ilusión de sus sentidos, Sterkey contempló la escena desde unos veinte pasos de distancia. El asesino, porque lanzar a un hombre al mar en aquellas latitudes era un asesinato, dio media vuelta y trató de escapar.

Sterkey corrió hacia él. Una sombra oscura le salió al paso de repente. Cuando quiso defenderse era ya tarde. Algo le golpeó en la frente y cayó desvanecido.

Mientras Orning, luchando desesperadamente para mantenerse a flote, veía desfilar ante sí las luces del barco. Nadie escuchaba sus demandas de socorro. Orning pensó que llegaría un momento en que el frío entumecería sus músculos y que la muerte sobrevendría después de un largo rato de tormento.

Orning estaba equivocado. Sus segundos estaban contados. De pronto, un remolino lo cogió con sus gélidos dedos y lo lanzó hacia popa, contra la hélice. Orning oyó el que le pareció atronador ruido de las paletas que giraban alborotando las aguas y sintió un pánico horrible.

Pero casi en el mismo instante, una de las enormes paletas golpeó su cabeza. La otra paleta lo partió literalmente en dos. Sin embargo, ya no sintió el segundo golpe.

Alguien se inclinó sobre Sterkey momentos más tarde.

—Despierte, despierte…

Una racha de viento frío chocó contra la cara del joven. Sterkey abrió los ojos y vio ante sí un hermoso rostro de mujer.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ella.

Sterkey hizo un esfuerzo para sentarse en el suelo.

—Sin duda, un bandazo lo derribó y su cabeza chocó contra algo duro —dijo la rubia—. Haga un esfuerzo; en mi camarote podré ver si tiene alguna herida.

Sterkey se puso en pie. La cabeza le dio vueltas un momento, pero se repuso en seguida.

—Han asesinado a una persona —dijo.

Ella le miró con expresión de susto.

—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó.

—Totalmente…

—No hable más aquí; venga a mi camarote —insistió la rubia.

* * *

Desmadejado, Sterkey se sentó en el borde de la litera. Ella se quitó el chaquetón. Debajo llevaba un grueso pullover de color azul claro, con motivos rojos y blancos, y pantalones de recia tela. Pero todo ello no era obstáculo para que se pudiera apreciar plenamente la esbeltez y la delicadeza de su figura.

—Me llamo Ann Latimore —se presentó ella, mientras vertía licor en un vaso—. Usted es *Bull* Sterkey —añadió.

—Sí, el mismo.

—Celebro tenerle a bordo de mi barco —sonrió Ann—. Beba, se lo ruego. Sterkey tomó un largo trago. Era *brandy*, muy bueno.

De pronto, recordó algo y se sobresaltó.

—Ha dicho *su* barco —exclamó.

—Sí, eso mismo —sonrió Ann, sentándose en una silla frente a él, con las manos sobre las rodillas—. ¿No lo sabía usted?

—Es la primera noticia que tengo. Ignoraba quién fuese el armador…

—El *Attruk* me pertenece —declaró la joven—. No era, quizá, el buque más adecuado de los seis que consta mi flota, pero no tenía otro disponible.

Sterkey se pasó una mano por la cara.

—Latimore… —murmuró—. Quizá la flota a la que se refiere sea la White Double Star.

—La misma —confirmó ella, con graciosa sonrisa.

—Yo estaba embarcado en el *Mary R.*

—Lo sé. Sin embargo, ignoraba que hubiera desembarcado en las Malvinas.

—Me peleé con el capitán Anders. Cosas de juventud, supongo.

—¡Juventud! Ya tiene veintiocho años, señor Sterkey. ¿O es que no recordó que en un barco el capitán es el amo, después de Dios?

—Anders se creía más que Dios, señorita Latimore.

—Sí, tiene un carácter más bien difícil —convino ella, pensativamente—. Pero ya está hecho y… Antes dijo que habían asesinado a un hombre.

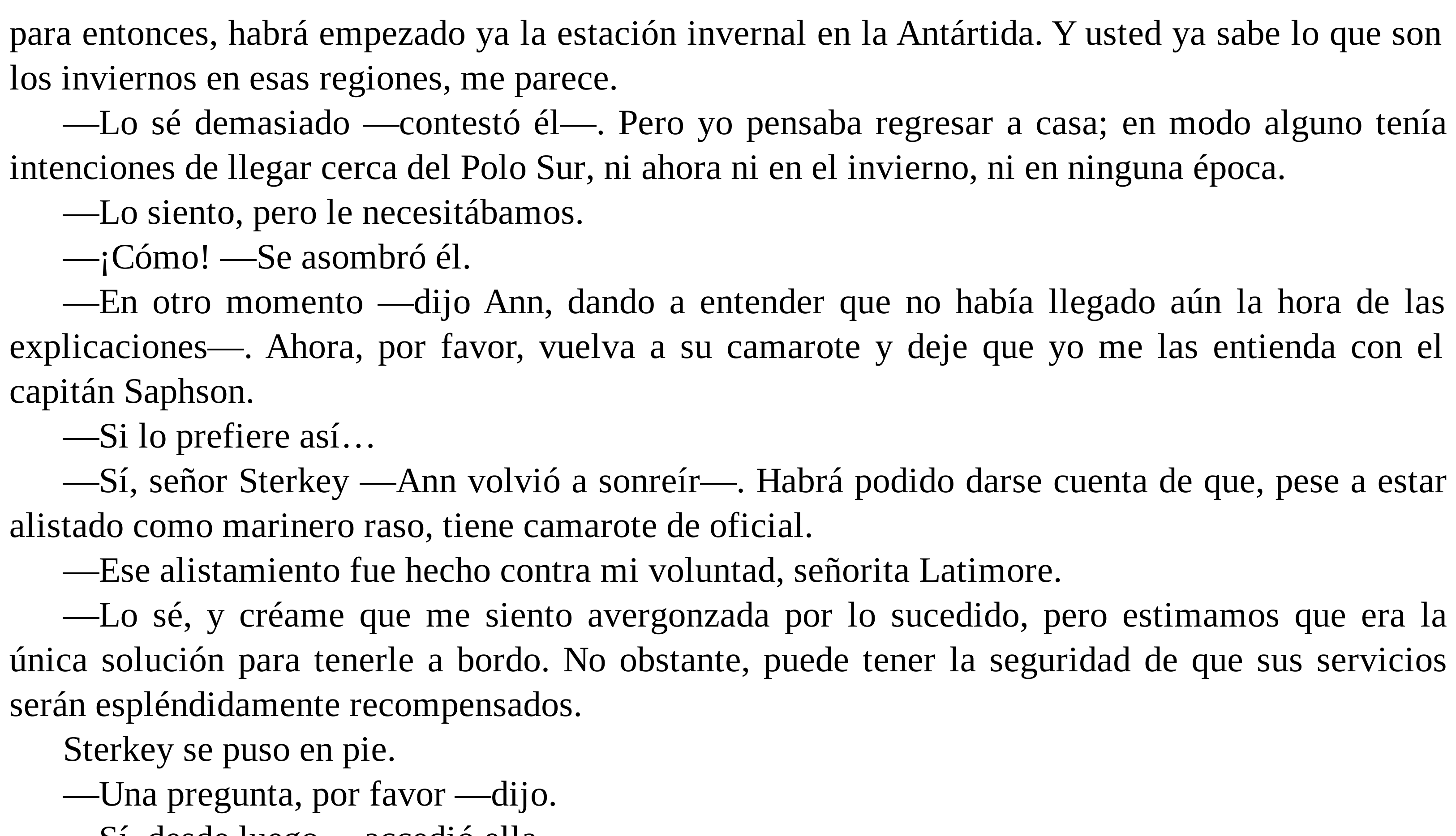
—Lo lanzaron por la borda. Yo lo vi.

—¿Seguro?

—Tan seguro como que la estoy viendo a usted. Lo que pasa es que no pude identificar a la víctima ni al asesino. Pero cuando quise atacar a éste, algún cómplice suyo, apostado sin duda para guardarle las espaldas, me dio un fuerte golpe y me hizo perder el conocimiento.

Ann se puso seria.

—Algo me decía que no debía haber fletado el *Attruk*, pero el profesor Orning tenía mucha prisa. Ninguno de los otros barcos de la W. D. S. estará disponible hasta dentro de unos meses y,


para entonces, habrá empezado ya la estación invernal en la Antártida. Y usted ya sabe lo que son los inviernos en esas regiones, me parece.

—Lo sé demasiado —contestó él—. Pero yo pensaba regresar a casa; en modo alguno tenía intenciones de llegar cerca del Polo Sur, ni ahora ni en el invierno, ni en ninguna época.

—Lo siento, pero le necesitábamos.

—¡Cómo! —Se asombró él.

—En otro momento —dijo Ann, dando a entender que no había llegado aún la hora de las explicaciones—. Ahora, por favor, vuelva a su camarote y deje que yo me las entienda con el capitán Saphson.

—Si lo prefiere así…

—Sí, señor Sterkey —Ann volvió a sonreír—. Habrá podido darse cuenta de que, pese a estar alistado como marinero raso, tiene camarote de oficial.

—Ese alistamiento fue hecho contra mi voluntad, señorita Latimore.

—Lo sé, y créame que me siento avergonzada por lo sucedido, pero estimamos que era la única solución para tenerle a bordo. No obstante, puede tener la seguridad de que sus servicios serán espléndidamente recompensados.

Sterkey se puso en pie.

—Una pregunta, por favor —dijo.

—Sí, desde luego —accedió ella.

—El capitán Saphson me encerró a pan y agua durante siete días.

—Lo siento, pero él es responsable de la disciplina a bordo. Yo no podía contradecir una de sus decisiones. Simplemente, le di orden de dirigirse a determinado sitio y él obedece. Pero la forma de cumplir la orden y demás detalles accesorios son cosas que a él sólo incumben.

—Muy justo, desde luego, pero, dígame: ¿fue usted la que me llevaba café y bocadillos para mejorar mi dieta en el calabozo?

—No —respondió Ann tajantemente.

Sterkey se quedó atónito.

—¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró—. Habría jurado que…

Pero ya no dijo más. *Bull* dirigió a la joven una inclinación de cabeza y salió del camarote.

* * *

Un más que regular estruendo le despertó de pronto.

Le había costado bastante dormirse. Había muchas cosas en su mente, ninguna de las cuales tenía una explicación satisfactoria, lo que le hizo permanecer desvelado hasta bien entrada la noche. Finalmente, consiguió dormirse.

Sintióse extrañado de que nadie le hubiera despertado temprano para encomendarle un trabajo. Ahora ya sabía que su estancia en el *Attruk* no se debía solamente a la falta de un tripulante, pero tampoco conseguía explicarse los motivos del incongruente tratamiento que se le daba a bordo.

El alboroto continuaba sonando por encima de su cabeza. Vistióse rápidamente y corrió a la cubierta.

Saphson emitía unos bramidos estentóreos. Frente a él, un círculo de aterrados marineros, de los cuales salían respuestas vagas y confusas, cuando no incoherentes.

De pronto, Saphson vio a Sterkey.

—¡A ver, usted! —gritó—. Acérquese.

—Sí, señor —contestó el joven, prudentemente.

—Un hombre ha caído al agua esta noche. Se le puede dar por muerto; en estas latitudes, aunque se sepa nadar, no hay quien viva más de una hora en el agua. ¿Ha visto algo al respecto?

Sterkey meditó.

La víctima había sido izada en vilo, a pulso, antes de ser arrojada al mar; no había sido lanzada mediante el procedimiento de agarrarla por los tobillos y bascular sobre la borda. Ello requería unos músculos poderosísimos…, pero el asesino, si bien de gran fuerza física, no poseía, ni de lejos, la envergadura de Saphson.

Quizá Cormoran, el esquimal, o… ¡Había tantos capaces de ejecutar una hazaña semejante!

—No, señor —mintió, con todo descaro.

—Está bien, vuelvan todos a sus puestos —dispuso Saphson—. Usted, no; quédese, Sterkey.

El grupo se disolvió. Saphson miró fijamente al joven.

—Antes me ha mentido —dijo, a media voz.

—¿Yo, señor?

—Si. Tuvo que ver el asesinato del profesor Orning.

—¿Qué le hace pensar que pude presenciar ese crimen?

—Fui a verle a su camarote. Aguardé durante un buen rato. No estaba allí.

—Hay más camarotes a bordo.

—Señor, diga señor cada vez que se dirija a mí. ¿O es que no ha sido jamás marino?

Sterkey sonrió. Saphson estaba nervioso. Pero no quería demostrar que se daba cuenta de ello.

—Creo que lo sabe usted muy bien, señor —respondió.

—Entonces, dígame dónde estaba anoche entre las diez y las once, poco más o menos.

—Con el debido respeto, capitán, no creo que la persona en cuya compañía permanecí anoche durante ese tiempo me autorice a revelar su identidad —respondió Sterkey, serenamente—. Se lo consultare más tarde, y si da su permiso, diré el nombre.

—Una mujer, ¿eh? —gruñó Saphson—. Teniendo en cuenta que sólo hay dos a bordo, las dificultades de acertar no son muchas.

—Exactamente, del cincuenta por ciento —contestó el joven, sin pestañear.

—Muy bien, y supongo que tampoco querrá decirme nada del tema de la conversación que sostuvo con ella.

—Sin su permiso, no, señor.

—Sterkey, le diré una cosa: el castigo que le impuse el primer día no fue meramente un capricho, sino una forma de hacerle ver que es conveniente obedecer todas mis órdenes. Tome nota de esa advertencia y no lo pasará tan mal a bordo.

—Sí, señor.

—Y, otra cosa: usted salió de su encierro, pálido, que es normal, pero no demacrado. ¿Quién le alimentó subrepticiamente esos días?

—No sé, qué tan versado estará usted en la Biblia, pero debe recordar que a algunos santos, cuando estaban en el desierto, los alimentaba un ángel.

Inesperadamente, Saphson se echó a reír.

—¡Un ángel! —dijo, mientras su enorme corpachón era sacudido por una risa convulsiva—. Eso está muy bueno, Sterkey, muy bueno. Preveo que usted y yo nos vamos a entender a las mil maravillas dentro de poco.

—Tal vez —contestó el joven, con la debida cautela, porque no quería decir que entre él y un tipo como aquel monstruoso individuo no podía haber entendimiento jamás.

CAPÍTULO IV

Los ojos de Kate Doggen estaban todavía húmedos cuando abrió la puerta de su camarote en respuesta a la llamada que había sonado momentos antes.

—Ah, es usted —dijo—. ¿Desea algo de mí, señor Sterkey?

—Unos minutos de conversación, por favor —rogó él—. Si no tiene inconveniente, Kate.

—Ninguno —accedió la joven, a la vez que se echaba a un lado.

—Ha estado llorando —dijo Sterkey momentos más tarde, cuando se hubo cerrado la puerta del camarote.

—Sí.

—Por el profesor Orning, supongo.

—¿Qué otra cosa me haría verter lágrimas?

—Lo siento de veras, Kate. ¿Por qué lo asesinaron?

Ella suspiró.

—Algo me imagino…, aunque no acabo de verlo claro del todo —respondió.

—¿No puede decírmelo?

—La verdad, no hay motivos para callar, pero prefiero mantener mi reserva por ahora. No se ofenda, *Bull*; pienso que es mejor así.

—Como guste. ¿Cuál era su relación con el profesor?

—Alumna y secretaria al mismo tiempo.

—Orning, me imagino, era especialista en algo. ¿Tampoco lo puedo saber?

—Historia, antropología, medicina, arqueología, geología… Era, diciéndolo vulgarmente, un pozo de ciencia.

—Vamos, sabía de todo y, además, en profundidad.

—Sí.

—¿Fue idea de él esta expedición?

—¿Cómo sabe que se trata de una expedición?

—Vamos, vamos —sonrió Sterkey—. Soy marino y entiendo de barcos. El *Attruk* es un ballenero transformado, aunque no posee el suficiente tonelaje para llamársele buque factoría. He podido darme cuenta de la robustez de alguna de sus estructuras y del reforzamiento de su proa, que parece la de un rompehielos. En la cubierta posterior hay un enorme cajón, del que podría jurar contiene un helicóptero. Los botes salvavidas son de lo mejorcito que se puede dar y… Bien, creo que no es necesario seguir con más detalles que, probablemente, conoce usted casi tan bien como yo.

—Es cierto —dijo Kate—. Se trata de una expedición.

—¿Adónde vamos?

—Usted, sin duda, ha oído hablar de la Costa Luitpold, en la Tierra de Coats.

Sterkey se estremeció.

—Infiernos —masculló—. Según a qué punto nos dirijamos, esto puede desembocar en una catástrofe.

—El capitán Saphson y Ann Latimore aseguran que todo saldrá bien —manifestó ella.

—Ojalá sea como dicen —dudó él—. Pero, dígame, ¿qué objeto tiene la expedición?

Kate dudó un momento.

—Ya le dije antes que no podía ser más explícita. Por favor, me siento muy afectada por la muerte del profesor.

—Lo siento de veras. Pero me gustaría hablar con usted más extensamente.

Ella asintió.

—En otro momento —contestó.

Sterkey se dirigió hacia la puerta y la abrió. En alguna parte, se oyó el ladrido de un altavoz:

—¡Capitán, al puente! ¡El radar señala icebergs por la proa!

* * *

El viento había cesado casi por completo y el *Attruk* se deslizaba por un mar apenas rizado. Pero la temperatura, en cambio, había descendido notablemente.

A derecha e izquierda podían verse enormes témpanos de hielo que flotaban perezosamente en las aguas frías del mar de Weddell. Algunos de aquellos montes de hielo alcanzaban cien o más metros de altura. Sterkey, al contemplarlos, no pudo por menos de estremecerse pensando en el inmenso peso de aquellas masas heladas, de las que sólo emergía la décima parte. El menor de los icebergs podía triturar el buque como si fuera una cáscara de nuez.

Los icebergs, en cambio, no abundaban demasiado todavía. Sin embargo, Saphson, prudente, había ordenado reducir la marcha del barco a un tercio. Pero Sterkey sabía que pronto llegarían a la Banquisa, aquella inmensa barrera de hielo, más abajo del círculo polar antártico, al otro lado de la cual habían muerto tantos hombres en terribles circunstancias.

Él había estado también a punto de morir en cierta ocasión y no quería que se repitiese la suerte. Había jurado no volver más por aquellos parajes, pero alguien le había gastado una jugarreta y se encontraba a bordo de un buque que, a juzgar por su rumbo, estaba dispuesto a llegar hasta el punto máximo navegable. ¿Qué iban a buscar en aquella tierra inhóspita, que mereciese la pena correr tantos riesgos? —se preguntó.

—Bonito espectáculo, ¿verdad? —Sonó de pronto una voz a su lado—. Para usted, sin embargo, no es nuevo, creo.

Sterkey se volvió.

—No es nuevo, pero no me gusta —contestó—. Y si salgo de ésta, dejaré el mar, créame, señorita Latimore.

Ann sonrió.

—¿Está harto ya de ser marino? —preguntó.

—Equivoqué la profesión. Admito que, en un principio, me gustaba muchísimo… Se viaja, se ven países nuevos…, pero no se asientan los pies firmemente en la tierra. Creo que lo descubrí cuando peleé con el capitán Anders. Confiaba en hacer solamente un último viaje por mar: el de vuelta a mi país.

—Este puede serlo también. Y quizá regrese enriquecido.

—No me diga que vamos a la Antártida en busca de oro, porque no me lo creeré ni aunque me

lo jure —rezongó Sterkey.

Ann le miraba enigmáticamente.

—Todavía ignora usted muchas cosas, *Bull* —contestó—. Pero, en cambio, conoce la ruta que lleva a Punta Salvaje.

Sterkey abrió la boca de par en par.

—No me diga que vamos a…

—Sí, vamos allí —confirmó la joven.

—Pero ¡es imposible! Sólo se consiguió una vez. Los hielos…

—El *Ardyman* consiguió entrar y salir. A la ida estaba mandado por el capitán Nordolly. Su segundo era un tal *Bull* Sterkey, quien, a su regreso, tuvo que hacerse cargo del buque, por fallecimiento del capitán. Y hay quien dice que incluso ni Nordolly hubiera sido capaz de llegar a Punta Salvaje, de no haber sido por la pericia y decisión de su segundo.

—La veo muy enterada de mi vida, señorita Latimore.

—¿Por qué se cree, si no, que está a bordo del *Attruk*? —Fue la sorprendente respuesta de la joven.

Hubo un momento de silencio. Luego, Sterkey, lentamente, dijo:

—Empiezo a sospechar que ustedes conocían ya mi disputa con el capitán Anders.

—Sí. El segundo Iverson hubiera pasado a bordo del *Mary R.* y usted hubiese embarcado en el *Attruk*, pero al enterarnos por Anders de que pensaba regresara Estados Unidos, no nos quedó otro remedio que recurrir al narcótico para traerle a bordo.

—Una bonita jugada, señorita Latimore —dijo él fríamente, casi con desprecio.

—Lo siento de veras —contestó Ann, con sincero acento—. Pero cuando lleguemos a Punta Salvaje, usted mismo podrá ver…

—Lo mismo que usted, absolutamente lo mismo. Ambos veremos lo mismo que vi yo en la ocasión anterior: hielo, solamente hielo. Si busca algo, lamento defraudarla, pero en Punta Salvaje no hay nada, en el más amplio sentido de la palabra.

* * *

Las cosas se iban aclarando, pensó Sterkey, mientras fumaba un cigarrillo junto a la borda, en la oscuridad de la noche.

El barco se movía con lentitud, guiado por el radar. Las olas chapoteaban contra el casco.

Sterkey trató de olvidar las penalidades sufridas dos años antes. Mil veces había estado a punto de morir y cuando, al regreso, se vio finalmente en mar abierto, se juró a sí mismo no volver jamás por aquellos parajes.

El destino se burlaba a veces, pensó. Sus propósitos no se habían cumplido, sino que de nuevo volvía a un lugar del que difícilmente se volvía. Pero la expedición del *Attruk* no se habla emprendido sin un motivo poderosísimo.

¿Cuál era ese motivo?

Ann lo sabía, y también Kate, y, por supuesto, Saphson. También podía ocurrir que lo supieran algunos más: Iverson, el zorruno Wronski, MacKee… ¿Lo sabían los demás tripulantes?

El viaje del *Ardyman* había armado mucho ruido y sus peripecias eran conocidas de cuantos viajaban por los mares australes antárticos. Sterkey estaba seguro de que la mayoría de los marineros conocían el infierno que habían padecido los tripulantes del *Ardyman*.

En ese caso, cuando se enterasen de que iban a Punta Salvaje, podían organizar un motín. Y cuando se producía un motín a bordo, las cosas podían ponerse muy feas para todos.

Los hombres del *Attruk* ignoraban, sin embargo, algunos espeluznantes detalles de lo que había sucedido a bordo del *Ardyman*. Sterkey no quería acordarse siquiera del día en que, exhaustos, sin provisiones, algunos de sus hombres habían decidido comerse el cadáver de uno de ellos, muerto pocas horas antes de inanición. Sterkey les había sorprendido en el macabro banquete y, cuando quiso impedírselo, un par de revólveres le obligaron a retirarse.

—Obedeceremos todas sus órdenes en lo que concierne al gobierno del barco, capitán —dijo el más atrevido—. Pero no queremos morir de hambre, ¿comprende?

Sterkey había tenido que retirarse, comprendiendo en su fuero interno a aquellos desdichados. Él mismo, y de una manera literal, rabiaba de hambre y sólo pudo aguantar veinticuatro horas más. Y ya estaba a punto de caer en la horrible situación de tener que comer carne de uno de sus compañeros, cuando, inesperadamente, llegó la salvación.

Pero no quería seguir pensando más en ello. Las cosas, ahora, y pese a los riesgos que entrañaba el viaje a Punta Salvaje, parecía no iban a llegar a semejantes extremos. No se iba a tratar de una expedición fácil y sencilla, sin embargo.

De repente, oyó un ligero ruidito a sus espaldas.

Se volvió. Alguien caía sobre él con intenciones nada amistosas.

En la mano de su atacante divisó el brillo de un objeto metálico. Sterkey apenas si tuvo tiempo de alzar la mano izquierda y parar el golpe dirigido a su corazón.

Contraatacó rápida y fulminantemente, como era su costumbre en ocasiones semejantes. Nunca dejaba un respiro al adversario; permitir que el otro se repusiera podía resultarle fatal.

Su mano izquierda ejecutó una rápida torsión de la muñeca armada, haciendo saltar el cuchillo por los aires. Luego, disparó el puño derecho, poniendo en el golpe todo el peso de su cuerpo.

El atacante salió catapultado hacia atrás. Durante una fracción de segundo, y a la luz de un farol no lejano, vio el desencajado rostro de Tom Pernell.

El cuerpo del marinero chocó contra la borda con indescriptible violencia. El impulso recibido era tal, que volteó sobre su espalda y saltó al vacío.

Lo último que vio Sterkey fueron unas piernas agitándose epilépticamente en el aire.

Reaccionó y corrió de nuevo hacia la borda, pero ya era demasiado tarde.

Se inclinó sobre el parapeto. Pernell no tenía salvación. La pelea había tenido lugar en la amura de popa, por babor. El viento venía de aquel lado, por si fuera poco, Pernell sería irresistiblemente atraído hacia la hélice, cuyas enormes palas destrozarían su cuerpo en un santiamén.

Sintiéndose casi enfermo, Sterkey miró a derecha e izquierda. Nadie había presenciado la pelea.

En cierto modo, resultaba lógico. Pernell había esperado una ocasión propicia para atacarle. Nadie debía haber presenciado el crimen y, por tanto, nadie tenía por qué haber visto la muerte del

frustrado asesino.

Un poco más tranquilo, se retiró a su camarote. Trató de encontrar las causas por las cuales había sido atacado, pero era inútil hallar una respuesta para algo que se le antojaba terriblemente confuso.

CAPÍTULO V

Los icebergs abundaban cada vez más. La navegación resultaba más difícil a cada vuelta de la hélice.

El frío era intensísimo, pese a la estación. Sterkey calculaba que el termómetro no subía sino raramente por encima del cero de la escala centígrada. Pero, a pesar de sus prejuicios y sus malos recuerdos, Sterkey no dejaba de admirar el fascinante espectáculo de aquellas moles cristalinas a través de las cuales desfilaba lentamente el *Attruk*. Sí, era algo digno de ser contemplado, pero, en cuanto regresara a su país, dejaría de pisar las tablas de la cubierta de un barco para siempre.

Kate se acercó de pronto a la borda. La joven aparecía pálida, aunque de mejor talante. Incluso dirigió una sonrisa a Sterkey.

—Un bonito espectáculo —dijo él, tratando de iniciar la conversación.

—Sí, es cierto, aunque de la clase de espectáculos que sólo deben verse una vez en la vida.

—Opino lo mismo que usted, aunque ya es la segunda vez que lo contemplo. Me refiero a ver tantos icebergs juntos; como comprenderá, ya había visto algunos cuando navegaba en otros barcos.

Kate se reclinó en la borda y le miró especulativamente.

—Usted navegó en el *Ardyman* —dijo.

—Sí.

—He oído hablar…, mejor dicho, he leído muchas cosas de ese barco. ¿Son ciertas, *Bull*?

El semblante de Sterkey se envaró.

—¿Por qué no se atreve a decirlo con toda claridad, Kate? —exclamó—. ¿Es que tiene miedo de pronunciar la palabra canibalismo?

—Lo siento, no fue mi intención molestarle —se disculpó ella.

—Si se refiere a mí, no llegue a comer carne humana. Pero sólo porque tuve fuerza de voluntad para aguantar veinticuatro horas más que los otros.

—¿Hubiera comido…?

—Kate, hay momentos en la vida de un hombre, en que se es capaz de todo por sobrevivir —respondió él gravemente.

—Sí, entiendo. Y ahora, precisamente, vamos al mismo lugar donde fue el *Ardyman*. Sólo deseo que no nos ocurra algo parecido.

—No lo creo. El *Attruk* está mucho mejor equipado y, con los debidos respetos. Saphson es mucho mejor, capitán que Nordolly. O mejor dicho, dejando a un lado su endiablado carácter —manifestó Sterkey, con la sonrisa en los labios.

—Sí, es un buen capitán de barco —convino Kate—. ¿Está resentido con él?

Sterkey se encogió de hombros.

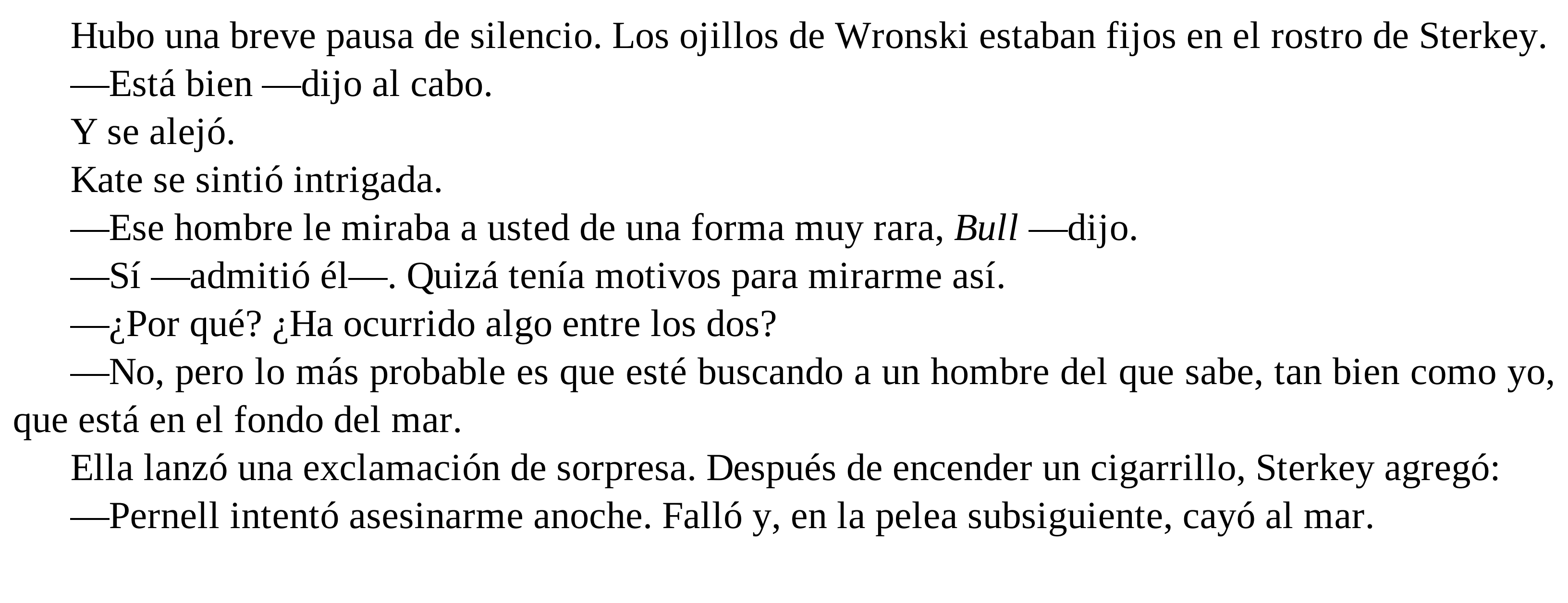
—A estas alturas, el resentimiento no me causaría ya ningún beneficio —respondió.

—Le necesitábamos —dijo la joven, simplemente.

Wronski, el tercer oficial, llegó en aquel momento.

—Perdón, señorita Doggen —se disculpó—. Sterkey, ¿ha visto usted a Tom Pernell?

—No, señor —contestó el joven.



Hubo una breve pausa de silencio. Los ojillos de Wronski estaban fijos en el rostro de Sterkey.

—Está bien —dijo al cabo.

Y se alejó.

Kate se sintió intrigada.

—Ese hombre le miraba a usted de una forma muy rara, *Bull* —dijo.

—Sí —admitió él—. Quizá tenía motivos para mirarme así.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo entre los dos?

—No, pero lo más probable es que esté buscando a un hombre del que sabe, tan bien como yo, que está en el fondo del mar.

Ella lanzó una exclamación de sorpresa. Después de encender un cigarrillo, Sterkey agregó:

—Pernell intentó asesinarme anoche. Falló y, en la pelea subsiguiente, cayó al mar.

* * *

—Sterkey, suba al puente. Le llama el capitán —indicó el contramaestre MacKee.

Sterkey obedeció sin rechistar. Momentos después, se hallaba en presencia del gigantesco capitán del buque.

—Señor —saludó respetuosamente.

Los llameantes ojos de Saphson le contemplaron con expresión inquisitiva mientras hablaba.

—Usted fue el segundo de a bordo en el *Ardyman* —dijo.

—Sí, señor.

Una enorme mano señaló la mesa de las cartas náuticas.

—Señor Sterkey, a partir de este momento, el rumbo del *Attruk* hasta Punta Salvaje es cosa suya —decretó Saphson—. Obvio es decir que esto le confiere el tratamiento de oficial, aunque, por el momento, sin graduación definida alguna.

—Entiendo, señor —respondió Sterkey, impasible—. Supongo que también resultará obvio decir que es inútil formular ninguna objeción a su orden.

—Así es. Llévenos a Punta Salvaje y tráiganos sanos y salvos de allí, pero no se le ocurra hacernos ninguna jugarreta o le partiré en dos.

—No habrá jugarretas, al menos por mi parte. Ah, y ya que hablamos de este tema, ¿se ha encontrado algún rastro de Pernell?

La pregunta había sido formulada con cierta apariencia de banalidad, pero chocó a Saphson.

—¿Por qué lo dice? —exclamó.

—El señor Wronski me preguntó por él. Le dije que no lo había visto.

—Pernell falta desde anoche. Se supone que cayó por la borda, pero nadie ha visto ni oído nada.

—Cuando un hombre, en estos parajes, salta por la borda, nadie ve ni oye nada, a menos que esté a su lado. Pernell, calculo, debía estar solo en aquellos momentos.

Dicho lo cual, Sterkey se acercó a la mesa y empezó a examinar las cartas náuticas con aparente indiferencia. Consultó las últimas indicaciones sobre la posición del barco y luego empezó a trazar cálculos. Al cabo de un buen rato, llamó:

—¿Capitán?

—¿Señor Sterkey?

—¿Hay radiosonda a bordo?

—Hay de todos los aparatos de detección que usted pueda imaginarse —respondió Saphson—. Sonar, radar, sonda de eco, radiosonda… Ése es un aspecto por el cual no debe preocuparse en absoluto.

—Porque no soy el capitán, claro.

—¿Qué demonios quiere usted decir? —barbotó el enorme pelirrojo.

—Es bien sencillo, capitán. Cuide a esos aparatos como si fueran las niñas de sus ojos. Destruirlos o, simplemente, estropearlos es tan fácil como apagar un cigarrillo. Y si cualquiera de las indicaciones está falseada, podemos correr peligros aún mayores que los que corrió el *Ardyman*.

Saphson pareció sentirse preocupado al oír aquellas palabras.

—Tendré en cuenta su consejo; muchas gracias, señor Sterkey —respondió, con inusitada cortesía.

Sterkey volvió a sus mapas. De pronto, se oyó un considerable alboroto en la cubierta.

—¡Mátenlo! ¡Ahí vuela, paralelo a nosotros! —gritaba alguien con poderosa voz—. Traigan escopetas; hay que matarlo antes de que sea demasiado tarde. ¡Es el pájaro de la muerte!

Saphson corrió hacia la aleta del puente. Atraído por la curiosidad, Sterkey le siguió en el acto.

Abajo, en la cubierta, Jake Cormoran, el esquimal, señalaba con la mano hacia un negro pajarraco que volaba a menos de cien metros del buque, moviendo raudamente sus enormes alas. Cormoran chillaba y se desgañitaba, augurando toda clase de malos presagios para el barco y sus tripulantes.

—Pero sólo es un albatros negro —barbotó Saphson.

Sterkey reconoció la justicia de la observación. Tratábase de un caso rarísimo, dado el color gris blancuzco, más común en tal género de aves, pero Cormoran, impresionable y supersticioso, le había dado un nombre nada agradable.

Cormoran seguía aullando como un poseído. Saphson se encolerizó.

—¡Hagan callar a ese maldito esquimal! —bramó desde lo alto del puente—. Enciérrenlo inmediatamente, antes de que le rompa una cabilla en su asquerosa cabezota.

Tres o cuatro marineros se arrojaron sobre Cormoran, el cual se defendía encarnizadamente. Uno de ellos rodó, inconsciente, a causa de un tremendo puñetazo en la mandíbula, pero los demás, finalmente, consiguieron reducirlo a la impotencia.

Cormoran pareció perder su ímpetu repentinamente, y se dejó llevar al calabozo sin más resistencia. Tranquilizado, Saphson dio media vuelta.

—Siga trabajando, señor Sterkey —dijo, con voz neutra.

—Bien, señor.

* * *

Respetuosamente descubierto, Sterkey permanecía ante la puerta abierta. Al otro lado, Ann

Latimore sonreía.

—No se quede ahí, *Bull* —dijo, con suavidad—. Entre.

—Me dieron su recado…

—Sí, le llame yo. ¿Una copa?

—Gracias, señorita Latimore.

—Por favor, *Bull*, llámeme Ann —pidió ella, a la vez que le entregaba la copa.

Había una expresión nueva en los ojos de Ann, observó Sterkey. Su belleza no había cambiado un ápice, pero había desaparecido la dulzura de su rostro. Ahora había otra cosa, un extraño atractivo, deliberadamente buscado por la joven.

—¿Ha oído los comentarios sobre el albatros negro? —preguntó ella.

—Sí. Supersticiones sin fundamentos. Un biólogo se sentiría encantado de capturar un ave semejante, por la rareza de su plumaje, pero eso es todo.

—La gente se ha sentido muy impresionada por lo que ha dicho el esquimal. Algunos dicen que este viaje no puede terminar bien. ¿Qué opina usted?

Sterkey rió amargamente.

—¿Me pidieron mi opinión cuando me trajeron a bordo? —contestó.

—Eso es diferente…

—Yo no hago caso de malos augurios. Cuando lo del *Ardyman* no vimos en ningún momento el que Cormoran llama el negro pájaro de la muerte y ya sabe usted cómo acabó todo.

—Sí, los que regresaron, vivieron gracias a sus compañeros muertos.

—Yo, no —dijo Sterkey, con voz firme.

—Algunos tripulantes dicen que usted también comió carne humana.

Sterkey hizo un gesto de indiferencia.

—No me importa lo que digan —contestó—. Se abrió una información. Los supervivientes declararon libremente y sin presión alguna. Todo salió a la luz y yo quedé completamente exculpado y repuesto con todos los honores.

—Le felicito, capitán Sterkey —dijo Ann.

—No soy capitán…

—Lo será cuando regresemos. Le daré el mando del mejor de mis barcos.

—¿Como recompensa por llevarles a Punta Salvaje?

Los ojos de Ann chispearon de un modo extraño.

—No será ésa la única recompensa —contestó—. Pero no puedo ser más explícita por ahora.

—Le diré una cosa y quiero que la tenga bien presente desde ahora —dijo él, con voz firme—. En cuanto llegue a puerto, desembarcaré y dejaré la marina para siempre. Tengo algunos ahorros y ya he pagado parte de mi granja, bien tierra adentro. No me tiente, pues, con un puesto de capitán ni… ni con otras cosas. ¿Está claro?

Ann dejó de sonreír en el acto.

—Clarísimo, *Bull* —respondió.

Sterkey giró sobre sus talones. Ann le llamó de nuevo.

—*Bull*.

El joven permaneció inmóvil.

—No me importa que no quiera seguir navegando —dijo ella—. Pero la otra clase de recompensa sigue en pie. Y, además, podrá pagar usted su granja.

—Suponiendo que volvamos.

—Estamos en el mismo barco. ¿No va a mirar por usted mismo?

Sterkey ya no contestó. Abrió la puerta y salió.

Ann le había decepcionado, se dijo. Ahora había podido ver en su rostro una cosa muy distinta a la dulzura y la suavidad que había apreciado en los primeros días. Sin embargo, no se sentía capaz de definir con claridad qué sentimientos aparecían en su bello rostro.

Inquieto y desasosegado, volvió a su camarote y se acostó. Pero tardó mucho tiempo en dormirse.

CAPÍTULO VI

El albatros negro aleteó de modo que parecía ir a estrellarse contra las ventanas del puente, pero, en el último momento, viró casi en redondo y se alejó, lanzando un agudo graznido.

En aquellos momentos, el *Attruk* navegaba entre dos inmensas murallas de hielo. El mar estaba muy tranquilo y sus aguas ofrecían una transparencia casi total. La ruta estaba relativamente despejada, por lo que Sterkey no había juzgado necesaria su presencia en el puente.

Sin embargo, pocas horas más tarde, se presentarían las primeras dificultades. Sterkey decidió que no estaría de más repasar sus cálculos.

Entonces fue cuando, por segunda vez, se dejó ver el albatros negro.

—¡Miradlo, ahí está! —chilló uno.

—¡El negro pájaro de la muerte! —gritó otro.

—Vamos a morir —aulló un tercero.

—Debemos volver antes de que sea demasiado tarde. Este viaje está condenado de antemano al fracaso.

—Un pájaro negro… y un caníbal a bordo —dijo alguien.

Sterkey pasaba en aquel momento junto al grupo vociferante y crispó sus puños. Pero, tras unos segundos de indecisión, siguió adelante.

—Miradlo, ahí va el antropófago.

—El devorador de marineros…

—El albatros negro volverá y podremos matarle de un escopetazo; pero a este caníbal podemos tirarlo al mar ahora mismo —gritó alguien.

Esta vez, Sterkey no tuvo más remedio que volverse. La cosa podía ponerse fea.

El grupo de levantiscos avanzó hacia él en actitud hostil. Con el rabillo del ojo, Sterkey divisó a Wronski apoyado en la borda, sin intervenir; antes bien, dando la sensación de sentirse muy complacido con el espectáculo.

Los gritos proseguían. A Sterkey no le cabía ya la menor duda de que aquellos sujetos iban contra él.

Alguien les había soliviantado, pensó. De repente, cuando ya estaba casi rodeado, sonó un disparo.

—¡Vuelvan a sus puestos! —tronó Saphson—. Obedezcan inmediatamente o mi próximo disparo irá al bulto.

—Vamos, vamos, muchachos —terció Wronski, repentinamente conciliador—. No hay que hacer caso de leyendas absurdas ni de historias sin fundamento. Dispérsense, hombres…

Sterkey miró con rabia al tercer oficial. Otro rato, se dijo, tendría una conversación a solas con él. Estaba seguro de que Wronski andaba detrás de aquel conato de motín, aunque no comprendía sus motivos.

El grupo se disolvió. Sterkey subió al puente.

—Parece que la gente no le aprecia —comentó Saphson.

Sterkey se encogió de hombros.

—No tengo un agente de relaciones públicas —contestó, secamente.

Al atardecer, se encontró con Kate.

—Me he enterado del incidente —dijo ella—. Lo siento, *Bull*.

—No tiene importancia, no se preocupe más.

—Tengo motivos para preocuparme, lo crea usted o no. Hay veces en que me arrepiento de no haber puesto la suficiente fuerza para hacer desistir al profesor Orning de sus propósitos.

—Él fue quien organizó la expedición, ¿no es cierto?

—Sí, y, en cierto modo, por causa del viaje del *Ardyman*.

Sterkey se sobresaltó.

—¿Cómo? —dijo.

—Usted, en el viaje de vuelta, trajo todos los efectos del capitán Nordolly.

—Sí, y se lo entregué a sus herederos…

—Había un sobre cerrado. ¿Lo leyó usted?

—No. Estaba dirigido a una tal Susan Pentecost, a la cual entregué todo cuanto perteneció a Nordolly.

—Susan era hija de Nordolly. Su actual apellido pertenece a su difunto esposo. Susan es prima mía. Su madre y la mía son hermanas.

—Creo que entiendo. Susan le entregó…

—Sí, el sobre cuyo contenido usted no leyó entonces y que yo entregué más tarde al profesor Orning. Algún día le dejaré que lea lo que había escrito en el interior del sobre —declaró Kate, sorprendentemente.

—Me devora la curiosidad —sonrió Sterkey.

—Lo mismo le sucedió al profesor. Y por eso hizo las gestiones necesarias para organizar la expedición. ¡Ojalá ese sobre se hubiera quemado antes de que leyera lo que había en su interior!

Sterkey se sorprendió de la vehemencia que Kate había puesto en sus últimas palabras.

—Pero ¿por qué no me dice de una vez qué es lo que vamos a buscar en Punta Salvaje? —exclamó.

Kate le miró largamente.

—Le parecerá digno de fábula, pero lo cierto es que vamos a buscar la diadema de un millón de años —contestó, con toda seriedad.

* * *

La navegación se hacía cada vez más difícil. Inquieto. Sterkey se dirigió al puente, pasada la medianoche. El barco estaba ahora bajo su responsabilidad. Dada la abundancia de témpanos, pensaba si no sería conveniente fondear el barco hasta que se hiciera de día.

Subió al puente. Antes de llegar, oyó unos quejidos.

Alarmado, salvó los últimos peldaños de dos en dos. Entró en el puente y se encontró a Wronski y el timonel tirados en el suelo.

El buque continuaba navegando, pero sin una mano que mantuviera el rumbo. Los dos grandes reflectores de proa iluminaron una enorme masa de hielo, contra la que se dirigía la proa rectamente.

Sterkey saltó hacia el timón e hizo girar la rueda vertiginosamente, enderezando el rumbo. Con un nudo en la garganta, vio pasar lo enormes paredones de hielo a menos de un metro del costado de babor.

Agarrado con una mano al timón, usó el teléfono para llamar a la sala de máquinas:

—¡Paren inmediatamente! —ordenó.

El barco trepidó. Sonó el teléfono que comunicaba directamente con la cámara del capitán.

—Aquí Saphson —se oyó la voz del gigante—. ¿Se puede saber qué diablos ocurre?

—Soy Sterkey. Wronski y el timonel parecen haber sido atacados y no se encuentran bien. Venga, rápido.

Saphson lanzó un rugido. Sterkey dejó el timón; ya no era necesario.

Se inclinó sobre Wronski, en cuya sien izquierda aparecía una fuerte hinchazón. Se quejaba, pero no parecía hallarse en plenas facultades.

El timonel estaba peor. Sangraba profusamente de una fea herida que tenía en la cabeza, detrás de la oreja izquierda. Sterkey procuró colocarle en la mejor posición posible. En ello estaba, cuando entró Saphson.

—¿Qué diablos ha ocurrido aquí? —preguntó.

—No lo sé, señor. Todo había pasado ya, cuando entré en el puente —respondió el joven—. Por fortuna, llegué a tiempo; un minuto más y hubiéramos chocado contra un iceberg.

Iverson compareció también. Saphson le envió a buscar gente para atender a los heridos. Asimismo, pidió otro timonel.

—Y avíseme en cuanto Wronski se haya repuesto —concluyó.

—Sí, señor.

—Usted, Sterkey, se quedará de guardia en el puente.

Los heridos fueron transportados a la enfermería. A Sterkey le chocó que un buque tan bien pertrechado careciera de médico.

—Contábamos con el profesor Orning —respondió Saphson, como explicación a la solicitud del joven—. Era también médico y dijo que, en caso necesario, él podría atender a los heridos y enfermos. Respecto de Wronski, su estado no me inspira inquietud, mientras que el pobre Haldeman…

Saphson no acabó su frase. Sterkey también se sentía pesimista ante la suerte del timonel.

El barco se había detenido ya totalmente. Saphson echó un vistazo a los instrumentos.

—Creo que podríamos reanudar la marcha —dijo a poco.

—Lo siento, señor; pero vamos a estar aquí quietos hasta que se haga de día —manifestó Sterkey, tajante.

Saphson pareció sorprenderse de momento. Luego cedió:

—Muy bien, el barco es suyo —dijo.

* * *

Haldeman murió sin haber recobrado el conocimiento. Su cuerpo fue arrojado al mar, en una fúnebre ceremonia presidida por Saphson.

Los tripulantes murmuraban, muy impresionados por lo sucedido.

—Todavía no hemos llegado a Punta Salvaje y ya hemos tenido tres bajas —dijo Ann Latimore—. ¿Cree usted en los presagios, *Bull*?

Estaban junto a la borda, al pie del puente. Sterkey hizo un gesto de indiferencia.

—El peor presagio, respecto a esta expedición, es que no debió haberse emprendido jamás —contestó.

—Usted no hubiera venido voluntariamente, ¿verdad?

—¿Todavía me lo pregunta?

—Siento que esté aquí por una parte, aunque por otra le necesitábamos. Pero ya le dije que sus servicios recibirán la debida recompensa.

—Sí, seguramente, un par de piedras de la diadema —contestó él, con amargo sarcasmo. Ann se asombró al oírle.

—¿Quién le ha dicho…?

—Alguien que llegó a creer en la más estupenda fábula que jamás se haya oído en el mundo —contestó él—. Pero ¿a quién se le ocurre creer que en este país de hielos eternos se puede encontrar una cosa así?

—¿Niega usted que sea cierto? —preguntó Ann, casi belicosamente.

—Yo no he visto esa diadema.

—Por tanto, no puede negar su existencia rotundamente.

—Es una discusión estúpida —calificó él, con crudeza—. Yo no creo que el viaje fracase por un albatros negro… o por llevar a bordo un supuesto caníbal; si fracasa, será por otras cosas: los elementos… o tal vez los seres humanos.

—¿Supone usted que hay alguien interesado en el fracaso de este viaje?

—No me extrañaría en absoluto, Ann.

—En tal caso, deme un nombre —pidió ella, enérgica.

—¿Sin pruebas? —rió Sterkey—. Alguien asesinó a Orning y ordenó matarme a mí; alguien asaltó el puente y mató a Haldeman… Si eso no se hace para desmoralizar a la gente y provocar el fracaso del viaje, dígame entonces por qué se hace.

Ann se quedó muy pensativa.

—Hablaré con el capitán —dijo al cabo.

Giró sobre sus talones y se dirigió al puente. Sterkey encendió un cigarrillo. Kate se le acercó poco más tarde.

—Le he visto hablar con Ann —dijo.

—No nos ocultábamos —contestó él.

—Tenga cuidado. Es…

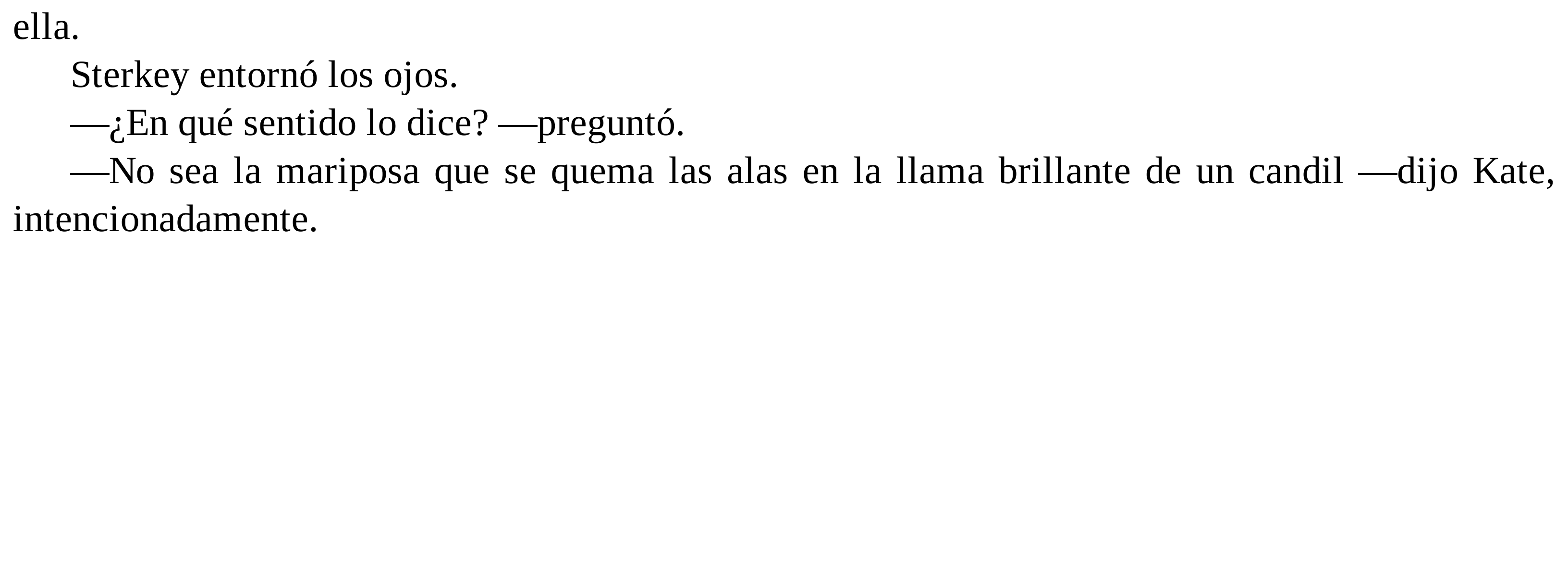
Pero Kate no se atrevió a completar la frase.

—¿Teme seguir? —preguntó Sterkey.

—Temo emitir un juicio precipitado, *Bull*.

—Eso es muy sensato de su parte. Ann es inmensamente rica. Ha nacido así. Ello condiciona siempre a las personas y las hace adoptar actitudes no corrientes en los demás.

—Es probable —sonrió Kate—. De todas formas, y quizá por esto mismo, tenga cuidado con


ella.

Sterkey entornó los ojos.

—¿En qué sentido lo dice? —preguntó.

—No sea la mariposa que se quema las alas en la llama brillante de un candil —dijo Kate, intencionadamente.

CAPÍTULO VII

Sterkey sospechaba de Wronski.

Era, tal vez, un presentimiento; pero el hombre no le gustaba nada en absoluto.

Sterkey aguardó a que Wronski terminase su guardia en el puente. Cuando el tercer oficial se dirigía a su camarote, oyó la voz de Sterkey que sonaba a pocos pasos de distancia, debajo de una de las grúas del palo mayor.

Wronski se volvió y abrió mucho los ojos para escudriñar en la oscuridad.

—¿Quién me llama? —preguntó.

—Sterkey.

—Ah, es usted. Me había asustado…

—¿A quién teme, Wronski?

El oficial se irguió.

—No admito burlas, Sterkey. Recuerde su posición a bordo; marca el rumbo de la nave, pero no tiene ninguna graduación —dijo, secamente.

—No lo olvido, pero ¿olvida usted lo que pasó cuando los marineros querían atacarme?

—Son supersticiosos, están excitados…

—O incitados, que no es lo mismo. La diferencia es sólo de dos letras, Wronski.

—¿Me acusa de lo que ocurrió?

—Quisiera tener pruebas. Usted se me antoja altamente sospechoso.

—No me diga —rió el oficial.

—Sí. Haldeman murió. Tenía la cabeza abierta. Su cráneo era mucho más resistente que el suyo. Estoy por jurar que nadie asaltó el puente.

Wronski crispó los puños y avanzó un paso hacia Sterkey.

—Si vuelve a decir una cosa semejante… —gruñó.

—Está dicho y no pienso retirar una sola de mis palabras. Wronski, he hablado con Jake Cormoran.

—Ese apestoso esquimal.

—A Jake no le importa en absoluto que un hombre haya comido carne de sus semejantes. Se confió mucho conmigo. Me dijo, por ejemplo, que usted y Pernell eran como carne y uña…, y también Evin Staunton, por fortuna, vivo todavía.

—¡Usted arrojó a Pernell al mar! —acusó Wronski.

Sterkey sonrió.

—No hay pruebas —contestó.

—Maldito caníbal —dijo el tercer oficial. Y, de repente, sacó un revólver de uno de los bolsillos de su chaquetón y apuntó con él a su interlocutor—. Voy a matarle, Sterkey —amenazó.

—Con cuidado; las armas de fuego hacen ruido —advirtió el joven.

—No importa. Diré que usted me ha atacado…

De pronto, algo golpeó la mano de Wronski. El revólver saltó por los aires. Wronski se tambaleó. Un segundo golpe lo tendió inconsciente sobre cubierta.

Asombrado, Sterkey contempló a la voluminosa figura que había surgido ante sí de modo tan

inesperado.

—Gracias, Jake —sonrió.

—Lo he oído todo. Yo tampoco confío en ese sujeto —manifestó el esquimal. De pronto dio una patada al inconsciente cuerpo que yacía a sus pies—. Ese cerdo me ha insultado…

—Basta, Jake, ya se ha llevado lo suyo. No olvides que es un oficial y que, si se sabe, puede costarte caro.

—No me importa…

—Llévalo a su camarote. Cuando despierte, diré que he sido yo. Que nadie lo sepa, ¿entendido?

Una ancha sonrisa apareció en el redondo rostro del oficial.

—Descuide, señor Sterkey. Usted me hizo un favor cuando yo estaba en el calabozo y eso es algo que no olvidaré jamás —dijo.

Sterkey sonrió igualmente.

—También a mí me llevaban café y bocadillos cuando estaba en ese sitio tan poco agradable —contestó—. Porque sabía lo que se pasa ahí, quise hacértelo más llevadero.

Cormoran cargó con el cuerpo de Wronski y se lo llevó sin dar muestras de sentir su peso. Sterkey quedó unos momentos en el mismo sitio; luego, de pronto, subió al puente.

Iverson estaba allí. Dado que por la noche se detenían las máquinas, no era necesaria la presencia del timonel.

—Señor Iverson —dijo Sterkey, apenas entró—, vamos a buscar algo.

El segundo oficial le miró extrañado.

—¿De qué está hablando, *Bull*? —inquirió.

—¿No ha oído usted nunca mencionar los perniciosos efectos de un trozo de hierro junto a una brújula imantada?

Una exclamación brotó de labios del segundo oficial. Momentos más tarde, se iniciaba la búsqueda.

* * *

El capitán Saphson hizo saltar el trozo de hierro en la palma de su mano. Luego dirigió a Sterkey una mirada inquisitiva.

—¿Cómo lo supo usted? —preguntó.

—No lo supe, lo sospeché —rectificó el joven—. Pero mis sospechas se convirtieron en certidumbre.

—Explíqueme los motivos de sus sospechas —pidió el capitán, secamente.

—Haldeman murió. Wronski está vivo. No había señales de lucha en el puente. Es un espacio relativamente reducido. La mesa, con los compases, las cartas y demás, habría saltado por los aires en una pelea, dado que el o los asaltantes habrían sido advertidos indefectiblemente. Por tanto, llegué a la conclusión de que sólo Wronski podía haber golpeado a Haldeman, a fin de simular el ataque.

—Siga, esto es muy interesante.

—Para colocar ese trozo de hierro bajo la brújula, y que no fuese advertido después, Wronski tuvo que quitar algunos tornillos del pedestal. Eso no podía hacerlo con un timonel como testigo.

—Sí, lógico.

—Luego pensé que había parte de la sangre de Haldeman casi seca. Ya había pasado bastante rato del ataque. Wronski, que recibió un ligero golpe, tenía que haberse recobrado, pero continuaba fingiendo la inconsciencia, para que lo encontrasen así al llegarle el relevo.

—Es cierto. ¿Qué más, señor Sterkey?

—Había algo entre Wronski, Pernell y Staunton; no lo sé bien del todo, pera creo poder asegurar se trata de una confabulación. Pernell intentó acuchillarme y, en la pelea consiguiente, cayó al mar. Staunton es muy fuerte, tal vez fue él quien lanzó al profesor por encima de la borda.

—¡Hum! No es difícil —gruñó Saphson.

—No, pero lo que ya no resulta tan fácil es arrojar a un hombre al mar, alzándolo en peso sobre la cabeza, como sucedió con el profesor. Por eso digo que quizá fue Staunton.

—Tal vez. ¿Eso es todo, señor Sterkey?

Los ojos del joven se posaron en el trozo de hierro que Saphson tenía todavía en la mano.

—Falta todavía averiguar por qué Wronski quería desviar el rumbo, falseando las indicaciones de la brújula, y eso es cosa suya, capitán —respondió.

—Sí, eso me corresponde a mí —admitió Saphson, ceñudo—. Pero, de todas formas, me gustaría que usted me acompañase al camarote de ese hijo de perra.

—Será un placer —aseguró Sterkey.

Saphson se volvió hacia el segundo.

—Señor Iverson, manténgase en el puente —dispuso—. Ah, y a partir de este momento el señor Sterkey tendrá la consideración de tercer oficial.

Iverson se llevó la mano a la gorra.

—Sí, señor —contestó, con su impasibilidad habitual.

—Vamos ya, señor Sterkey.

El capitán Saphson podía tener innumerables defectos, pensó el joven, pero no se podía negar que era un marino de la vieja escuela y no solamente por su competencia profesional, sino por la forma de tratar a sus subordinados. Podía insultarles atrozmente, pero nunca dejaría de anteponer la palabra señor al apellido.

Momentos después llegaban ante la puerta del camarote de Wronski. Saphson aporreó la puerta sin resultado.

—Quizá no esté —apuntó Sterkey.

—Me parece muy raro —gruñó Saphson.

Y, resuelto, hizo girar el picaporte y abrió la puerta.

—Señor Wronski —llamó.

El tercer oficial no contestó. Extrañado, Saphson buscó el interruptor de la luz. Un segundo más tarde, lanzaba un atroz juramento. Sterkey se puso pálido.

Era comprensible el silencio de Wronski. Un hombre con la garganta abierta de oreja a oreja no podía contestar a las llamadas.

* * *

—Otro asesinato —dijo Kate, estremeciéndose—. Estoy por creer en los augurios de Cormoran cuando vio el albatros negro.

—Los presagios no tienen nada que ver con lo que ocurre —contestó Sterkey—. Todo lo que pasa aquí es consecuencia de diversas acciones humanas, nada honestas, todo hay que decirlo.

—Pero ¿por qué han matado a Wronski?

—Trató de desviar el rumbo del barco. Alguien lo degolló para que no hablase después, cuando se descubriese la verdad.

—¿Quién?

Sterkey hizo un gesto de resignada impotencia.

—¿Cómo puedo decir algo sobre el particular? —contestó—. Me siento tan ignorante como usted en este asunto, Kate. Pero dígame una cosa, por favor.

—Sí, *Bull*.

—¿Es muy valiosa la diadema de un millón de años?

—Tiene todo el valor de lo que no tiene precio —contestó ella.

—En tal caso —dijo Sterkey, comprendiendo el significado de la respuesta—, no se hable más; la diadema está en el fondo de todos estos crímenes.

—¿Usted cree? —murmuró Kate, dubitativa.

—Creo que tengo el noventa y nueve por ciento de posibilidades de acertar —respondió Sterkey—. Pero, si mal no recuerdo, usted habló de un sobre del capitán Nordolly…

Kate se separó bruscamente.

—Otro día —se despidió.

Sterkey se quedó muy extrañado de la insólita actitud de la joven. Pero creyó comprender algo cuando vio a Ann que se acercaba al lugar en que se hallaba.

—Creo que he interrumpido una agradable charla —sonrió.

—Nada de eso —contradijo él—. Kate y yo comentábamos lo que ha sucedido a bordo. Y eso no tiene nada de agradable.

Ann se reclinó en la borda, con los codos apoyados en ella.

—*Bull*, deme su opinión al respecto —pidió, con deliberada indolencia.

—No tengo opinión…

—Usted no vino a bordo porque fuese más guapo o competente que cualquier otro —dijo Ann —. Ya estuvo una vez aquí y conoce no solamente estos parajes, sino lo que hizo el capitán Nordolly cuando se separó del barco.

—El capitán Nordolly se alejó del barco con cuatro hombres, todos los cuales murieron en el viaje de regreso. Nordolly no habló nunca de lo que habían hecho durante los días que permanecieron ausentes del *Ardyman*. Sólo sé que volvieron agotados y exhaustos, pero ni él ni ninguno de los tripulantes que lo acompañaron dijeron a nadie una sola palabra de lo que habían hecho esos días.

—¿Debo creerle, *Bull*? —sonrió Ann.

—Como guste —dijo él fríamente.

—¿Qué hizo el capitán Nordolly a su vuelta?

—Se pasaba el tiempo casi constantemente en su cámara, escribiendo sin cesar. Pero, por lo menos, a mí no me enseñó una sola línea de lo que escribió. Puedo jurárselo, Ann.

—Ahora sí le creo, *Bull* —dijo la joven—. Sin embargo, me gustaría saber una cosa.

Sterkey la miró inquisitivamente. Ann prosiguió.

—¿No sintió nunca curiosidad por saber qué era lo que Nordolly escribía con tanta frecuencia?

—A decir verdad, esa curiosidad no resultó nunca lo suficientemente fuerte como para vencer mi discreción —contestó él.

Y antes de que Ann pudiera continuar hablando, se oyó en el puente la voz del capitán:

—¡Señor Sterkey, encierre en el calabozo a este bribón de Staunton! Cuando lo haya hecho, venga al puente a marcar el rumbo del barco; zarparemos inmediatamente.

—Sí, señor —contestó el joven.

CAPÍTULO VIII

Impresionaban aquellas altísimas moles de hielo, entre las cuales, el *Attruk* parecía una cosa insignificante. Largos jirones de niebla ocultaban a veces las cumbres de los icebergs, que, en ocasiones, cerraban el paso al barco.

Entonces, era necesario maniobrar y dar marcha atrás, hasta que se encontraba una vía despejada. Había momentos en que todas las tentativas para seguir adelante resultaban fallidas y era necesario probar una y otra vez, con la consiguiente pérdida de tiempo.

A juzgar por sus cálculos, Sterkey creía hallarse ya a muy poca distancia de Punta Salvaje, aquel lugar perdido entre los hielos. Era tierra firme, según los sondeos, pero estaba cubierta por una capa helada de quizá varios miles de metros y que se había situado allí en el principio de los tiempos.

Un sordo estruendo interrumpió sus meditaciones. Atrás, a lo lejos, un gigantesco bloque de hielo acababa de desprenderse y caía al mar, levantando enormes oleadas de espuma. Agitadas las aguas con fuerza, el *Attruk* bailoteó unos momentos, pero Saphson demostró saber maniobrar en aquellas circunstancias y la cosa quedó en una mera anécdota.

El barco navegaba en aquellos momentos por un estrecho callejón, de paredes casi verticales, ninguna de las cuales media menos de cincuenta metros de altura. Parecía casi que, extendiendo las manos, pudieran tocarse ambos muros de hielo al mismo tiempo.

En la rueda, el timonel, impasible, seguía fielmente las menores indicaciones de Sterkey. Saphson permanecía en el puente casi constantemente, vigilándolo todo.

—Staunton admitió estar contratado con Wronski, pero éste no le dijo jamás sus intenciones. Por lo menos, de una forma totalmente explícita —habló Saphson de repente.

—Staunton no se prestó a una cosa así solamente por persuasión —supuso el joven.

—Dinero, claro.

—¿Mucho?

—Wronski le habló de un centenar de miles.

—¿De dónde iba a sacar tanto dinero? —exclamó Sterkey, asombrado.

—Staunton no lo sabe. Pero, contra lo que usted cree, Wronski debió resultar muy persuasivo. O no hubiera convencido a esos dos pajarracos.

—Cierto. Capitán, ¿acusará usted a Staunton de complicidad en alguno de esos crímenes?

—¿Qué pruebas podría presentar en su contra? Lo tendré encerrado en la sentina hasta que volvamos a tocar puerto; de este modo estaremos seguros. Habrá una investigación, esto se da por sentado; pero Staunton saldrá libre.

De repente, y a menos de trescientos pasos de distancia, un enorme paredón de hielo se alzó ante el *Attruk*, cerrándole el paso. Saphson reaccionó vivamente.

—¡Atrás, atrás a media máquina! —gritó, inclinándose sobre el tubo.

La hélice suspendió su giro un instante. Luego empezó a voltear hacia atrás. El barco retembló de proa a popa. Se oyeron unos fuertes crujidos.

—¡Cae hielo! —gritó alguien.

—¡Cuidado, se desprenden bloques de hielo! —voceó otro.

Sterkey se asomó un momento fuera del puente. Aunque la máquina había invertido su sentido de giro, el barco, arrastrado por la inercia, seguía todavía en marcha adelante.

Detrás del buque, a menos de cincuenta metros de la popa, se desprendían colosales bloques de hielo que, al caer en las aguas desde gran altura, producían un estrépito aterrador, a la vez que levantaban enormes olas. De súbito, con los pelos de punta, Sterkey vio que todo un gigantesco iceberg empezaba a oscilar, a menos de treinta metros de la popa.

El buque retrocedía ya. Sterkey intuyó el peligro y saltó hacia el tubo.

—¡Avante, avante toda! —aulló.

Una voz de protesta sonó en las profundidades del barco. El jefe de máquinas, indignado, clamó:

—¿Es que se han vuelto locos? Atrás, avante… Vamos a ver si ahí arriba saben de una maldita vez lo que se debe hacer…

—¡No comente y obedezca! —rugió el joven.

El barco trepidó de nuevo. Al mirar otra vez, Sterkey comprendió que la catástrofe era ya inevitable.

El iceberg caía sobre ellos.

* * *

Una colosal masa de hielo se inclinó con lo que parecía infinita lentitud, sensación que, en realidad, se debía a su mismo colosal volumen. La velocidad de caída era mucho mayor de lo que parecía a simple vista.

En la cubierta sonaron terribles alaridos de espanto. Súbitamente, el *Attruk* fue sacudido por una fuerza desconocida, que casi lo sacó del agua.

Sterkey comprendió lo que sucedía. Algún témpano de hielo se había desprendido de la masa principal, bajo el agua, y debido a su flotabilidad, iniciaba un movimiento ascendente bajo la quilla del barco, al que empujaba hacia arriba.

Estaban entre las dos mandíbulas de un animal de inconmensurables proporciones. Algunos de los tripulantes, enloquecidos de terror, saltaron por la borda, en un incontenible afán de salvar la vida.

Un bloque de hielo salió disparado de pronto y arrasó la popa, llevándose por delante a tres marineros, a los que, en un santiamén, convirtió en una pulpa sangrienta. Uno de los tripulantes que había saltado al agua emergió con el tiempo justo para ser aplastado por un fragmento del anterior bloque, que pesaba varios cientos de toneladas.

El *Attruk* seguía ascendiendo irresistiblemente. Sterkey vio llegada su última hora. De pronto, con el estruendo de mil cañonazos, se juntaron los dos témpanos.

El barco fue sacudido horriblemente. Sterkey se sintió lanzado a un lado y resbaló, caído, a lo largo de todo el puente, mientras se escuchaban espantosos ruidos por todas partes. Las resistentes planchas de hierro de la estructura se rompían y eran desgarradas como si fuesen de papel.

Un trozo de hielo penetró en el puente como un obús. El timonel intentó gritar, pero no tuvo tiempo. De súbito, sólo quedó un tronco sin cabeza, con las manos todavía aferradas a la rueda.

El puente adquirió bruscamente una inclinación de cuarenta y cinco grados. Tendido en el suelo, Sterkey pensó que, unos minutos más tarde, se hundirían en las profundidades marinas.

—Pero no sentiré nada —se dijo—. Antes habré muerto aplastado.

Un líquido rojo corrió en regueros por el inclinado suelo del puente. Sterkey levantó un instante la cabeza y vio el inerte cuerpo del timonel, sujeto por un tobillo a algún saliente. La sangre seguía saliendo de aquel cuello sin cabeza con intermitencias casi irregulares, lo que hizo ver al horrorizado Sterkey que en aquel cuerpo decapitado había un corazón que todavía palpitaba.

Los ruidos continuaban por todas partes. El barco descendió de repente, como si fuera a hundirse, pero, de súbito, se paró un instante. Luego volvieron las sacudidas.

Algo elevó al *Attruk* con fuerza irresistible. Sterkey calculó que los movimientos del barco continuarían hasta tanto los icebergs volvieran a recobrar su estabilidad normal.

Pero quizá aquellos movimientos continuarían bajo la superficie de las aguas.

* * *

Lentamente, los ruidos y las sacudidas cesaron. De un modo inexplicable, el suelo había adquirido una posición muy cercana a la normalidad. Sterkey logró ponerse en pie. El inclinómetro marcaba sólo doce grados.

Sentado en el suelo, aturdido, incapaz de reaccionar por el momento, Saphson murmuraba palabras incoherentes, mientras se sujetaba la cabeza con ambas manos. Un hilo de sangre corría entre los dedos de la mano izquierda. Debía tratarse de algún rasguño; a veces, un trozo de hielo podía cortar tanto como una navaja de afeitar.

Sterkey inspiró con fuerza. No tenía ningún hueso roto, comprobó con satisfacción, aunque había recibido algunos fuertes golpes. Pero no eran cosas de importancia.

Saphson reaccionaria por sí mismo, se dijo. Caminó hacia la puerta y se asomó.

Entonces vio algo que le dejó sin respiración.

Faltaba más de la mitad del barco.

Con la boca abierta, Sterkey recorrió el panorama que se ofrecía ante sus aterrados ojos.

El barco había sido cortado con lo que parecía un cuchillo gigantesco, a pocos metros del puente. La máquina, el entrepuente, el mástil de popa, todo había desaparecido bajo las ahora tranquilas aguas, cuyo borde se hallaba a menos de cinco metros del pie de la escala que conducía al puente. De alguna parte manaba con lúgubres gorgoteos un chorrito de petróleo.

Sterkey calculó que una parte del buque, no menor de tres quintos del total, había desaparecido en el fondo del mar, cortada y aplastada por una masa de cientos de miles de toneladas. Y con aquel enorme trozo del barco, se habían ido al fondo un buen número de tripulantes, incluidos todos los maquinistas y el arrestado Staunton.

De repente sonaron unos gritos debajo del lugar en que se hallaba.

—¡Socorro, socorro!

Sterkey descendió la escalera a saltos. Kate se hallaba en la puerta del camarote, contemplando horrorizada aquel increíble espectáculo.

—¡Dios mío! Pero ¿qué ha sucedido aquí? —exclamó, pasmada.

—No se mueva —recomendó Sterkey—. Puede resultar peligroso. Los riesgos no han cesado del todo.

Kate asintió. Sonaban voces humanas por alguna parte.

—¿Ha visto usted a Ann? —preguntó él.

—Debe estar todavía en su camarote…

Sterkey cruzó la puerta. Momentos después vio a Ann sobre su litera. Se acercó a ella y comprobó que solamente estaba desmayada.

—Atiéndala, Kate —indicó.

Y salió de nuevo.

Cormoran apareció de pronto ante él.

—La maldición del albatros negro, señor —dijo, sombrío.

—¿Le impedirá eso luchar por su supervivencia, Jake? —preguntó el joven.

Cormoran respingó.

—Diablos, no. Quiero vivir, señor.

—Entonces, trabaje, haga algo, busque supervivientes, ayúdeles si están heridos.

—Sí, señor.

La inmovilidad de aquel resto de barco era total. Sterkey inició la subida al puente. Antes de llegar, se volvió.

Sintió frío en la espalda y no precisamente por la baja temperatura de aquellos parajes. La niebla se cerraba con cierta rapidez, pero todavía permitía ver lo suficiente para darse cuenta de que, aun hallándose a salvo, estaban completamente rodeados por los hielos.

CAPÍTULO IX

Saphson bebió un largo trago de *brandy*. En su sien izquierda aparecía visible una ancha tira de cinta adhesiva. El cuerpo del timonel había sido arrojado ya al mar.

—Estamos bloqueados por los hielos —reconoció Saphson, con ruda franqueza—. Pero todavía seguimos vivos. ¿Ha probado a ver si funciona la radio?

—El cuarto de transmisiones está totalmente destrozado, señor —contestó Sterkey—. Varios bloques de hielo entraron y… Bueno, lo que hay allí no sirve para nada.

—¿El telegrafista?

—Muerto, señor. ¿No hay una radio de emergencia?

—Sí, hay unos *walkie talkies*, pero me temo que tienen poco alcance. Suponiendo que funcionen todavía.

—Los buscaremos, señor —dijo Sterkey, resuelto. Lanzó una mirada al barómetro, extrañamente intacto, y añadió—: Se anuncia una mejoría del tiempo. Quizá se despeje el cielo y podamos emitir una llamada de socorro.

—Suponiendo que no nos hundamos…

—No lo creo; el iceberg parece haberse estabilizado.

La voz del esquimal sonó de pronto al pie del puente:

—¡Capitán!

Saphson se asomó.

—¿Jake?

—Los supervivientes, señor —indicó Cormoran, señalando a cuatro maltrechos individuos que se hallaban junto a él.

Sterkey se estremeció. Cinco marineros, más las dos mujeres, él y Saphson era todo lo que restaba de la tripulación y el pasaje, compuesto, pocas horas antes, por casi dos docenas de personas.

—¿No hay más, Jake?

—Comprobado. No, señor.

—Bien, busquen víveres, ropas de abrigo, agua potable y petróleo para las lámparas de emergencia.

—Sí, señor. —Cormoran se volvió hacia los otros—. Vamos, muchachos, todavía estamos vivos y, si nos movemos un poco, saldremos de ésta.

—Voy a ver si encuentro los transmisores portátiles —dijo Saphson.

—Bien, señor.

Sterkey repasó los instrumentos del puente. Prácticamente, sólo el compás, el barómetro y un termómetro, estaban en condiciones de funcionar.

El sextante había caído al suelo, pero apareció intacto. El bloque de hielo que había decapitado al timonel había causado al mismo tiempo enormes destrozos en el puente. Kate entró de pronto.

—*Bull* —llamó.

El joven se volvió.

—Hola, Kate. ¿Cómo sigue Ann?

—Bien, pero aturdida todavía. Le he dado un poco de *brandy*; no creo que tarde mucho en reponerse.

—Lo celebro. Y también celebro que no te haya pasado nada.

Ella se le acercó.

—*Bull*, sé franco —pidió—. ¿Cómo ves nuestra situación?

—Mal —contestó él sin rebozo—. Pero podré decirte algo más cuando conozca las existencias de víveres y de ropas de abrigo. Por ahora, una aseveración total en ese sentido carecería de fundamento.

—Comprendo. ¿Crees que hay peligro de hundimiento?

—No lo sé. Tengo la impresión, sin embargo, de que ese peligro ha pasado, aunque, claro está, no se puede descartar en absoluto.

Kate se estremeció.

—Las lanchas de salvamento han desaparecido —dijo con voz trémula.

—En todo caso, se podría construir una balsa, pero…

Sterkey calló. Kate comprendió que el joven quería decir que, si se veían obligados a aquel remedio de extremo, sus posibilidades de supervivencia decrecerían en un elevadísimo porcentaje.

—*Bull*, dime, ¿cómo ha pasado? —preguntó.

—Un iceberg es una masa de hielo que, en ocasiones, mantiene un precario equilibrio —explicó él—. El agua que hay debajo se mantiene en continuo movimiento; hay corrientes de diferente temperatura y entre esto y el movimiento, producen una especie de erosión que disuelve el hielo de la parte más baja. Si tenemos en cuenta que de un témpano asoma solamente una décima parte fuera de las aguas, podremos comprender que cualquier factor puede alterar su posición. La parte superior se convierte en más pesada y la inferior se aligera. Por tanto, como el hielo flota, tiende a subir, buscando de nuevo su equilibrio.

Kate asintió.

—Comprendo. Pero a nosotros…

—Las maniobras que hicimos cuando nos encontramos el paso cerrado, provocaron una gran agitación de las aguas, en las capas superficiales, claro está. Pero fue suficiente para que algún trozo de hielo se desprendiese del témpano principal. Estaba sumergido y ascendió, pillándonos por debajo.

—Y el iceberg, aligerado de peso, empezó a dar la vuelta.

—Justamente. De este modo, el *Attruk* resultó atrapado entre las mandíbulas de un gran perro de presa. La parte mayor del témpano, tras partir el barco, se hundió, arrastrando consigo a ese trozo del buque y al témpano que había debajo. Nosotros quedamos a salvo, diré que de un modo milagroso, y ahora me parece descansamos en una especie de saliente del iceberg. Mientras éste mantenga el equilibrio, no corremos peligro. Pero si vuelve a desequilibrarse…

Sterkey hizo una corta pausa.

—Tanto podemos ser lanzados a lo más hondo del océano como elevarnos a cincuenta metros sobre su superficie. Es imposible predecir lo que ocurrirá si el iceberg se mueve otra vez —añadió dramáticamente.

Kate se estremeció.

—En resumen, nuestra perspectiva no tiene nada de agradable —dijo.

—Hablando con toda sinceridad, es más bien negra —confirmó Sterkey.

* * *

La niebla envolvía al barco por completo.

El comedor había sido respetado por la catástrofe. Los nueve supervivientes se hallaban congregados en aquella pieza, para consumir algo de cena. Sterkey había hecho ya una evaluación de los víveres y decidió que debían empezar el racionamiento a partir del día siguiente.

—Ahora pueden comer todo lo que quieran —dijo—. Después de lo ocurrido, el organismo necesita recuperar fuerzas. Por fortuna, no nos falta el licor, pero no es un medio de calefacción demasiado recomendable. Los víveres, sin embargo, serán sometidos a un riguroso racionamiento.

—¿Qué pasará cuando se nos acaben? —preguntó Rim Kenneth, uno de los supervivientes.

—¿Es que no te lo imaginas? —exclamó Mildous Huttan con acerba ironía.

—Allí, tendremos que echar a suertes para ver cuál de nosotros sirve de comida a los demás.

—Conmigo, que no cuenten —dijo Ravenstock Miller—; soy muy delgado y sólo encontrarían huesos.

—El señor Sterkey es un experto en esta clase de asuntos —manifestó Kenneth con perverso acento—. Él indicará cuál de nosotros es el más suculento…

—¿Quieren cesar de una vez en sus estúpidas bromas? —gritó Kate muy irritada.

—Déjelos que se desahoguen —intervino Sterkey amargamente—. Les asiste ese derecho.

—Sólo decíamos la verdad —gruñó Miller.

—Pero ninguno mencionará más ese tema —habló Cormoran—. O tendrá que entendérselas conmigo y con mi cuchillo.

El machete del esquimal apareció a la vista de todos.

—Guárdelo. Jake —ordenó Sterkey con aspereza. Y añadió—: En estos momentos, lo que menos conviene son las disensiones. Todavía tenemos esperanza de salvarnos, pero si no nos unimos…

—¿Cómo podremos salvarnos? —exclamó Ed Willis—. Las lanchas se han ido al diablo, estamos sobre un pedazo de barco que se hundirá a las primeras de cambio…

—Hay transmisores de radio. En cuanto despeje la niebla, y no tardará en suceder, quizá mañana mismo empezaremos a lanzar las llamadas de socorro. Conocemos perfectamente nuestra situación y, tarde o temprano, nos escucharán y enviarán a buscarnos.

—Si usted lo dice —rezongó Huttan, no muy convencido.

—Así será —dijo Sterkey, tajante.

De pronto, se dio cuenta de que tanto Saphson como Ann permanecían extrañamente callados, sin intervenir en la discusión.

Ann parecía aún bajo los efectos del golpe que la había dejado largo rato sin conocimiento. En cuanto al capitán, daba la sensación de haber perdido bruscamente su energía.

Tal vez se trataba de un momentáneo abatimiento, supuso. A cualquiera podía ocurrirle una cosa así.

—Dejemos esto por el momento —añadió—. Ahora, veamos de pasar lo mejor posible estas horas. No hay calefacción y ya veremos con qué suplirla, cuando conozcamos con exactitud el estado actual de las reservas de petróleo. Las temperaturas, por fortuna, no son extremas. Quizá tengamos que hacer vida en común la mayor parte del tiempo, a fin de ahorrar combustible. Por esta noche, nos arreglaremos con los medios de que disponemos. ¿Alguna pregunta? —concluyó, a la vez que paseaba la vista por los rostros de los presentes.

Seis cabezas hicieron sendos signos negativos.

—¿Capitán?

Saphson permaneció mudo. Estaba como concentrado en sí mismo; ahora, más que abatimiento, Sterkey creyó ver en él una ausencia total de cuanto le rodeaba. «Parece como si estuviera comunicándose con otros seres», pensó.

—¿Ann?

La joven se estremeció ligeramente, vuelta a la realidad.

—Lo… lo que usted disponga, *Bull* —contestó.

—Gracias. —Sterkey hizo una inclinación de cabeza—. Por hoy, eso es todo.

La reunión se disolvió. Todos se retiraron a descansar, incluso Saphson.

Kate y Sterkey quedaron a solas unos momentos.

—El aspecto del capitán no me gusta —dijo ella.

—Ha perdido su barco. Eso les pasa a muchos en su lugar. Saphson estaba enamorado del *Attruk*. Reaccionará, créame.

—Es muy posible, *Bull*. Dime, ¿estamos todavía a mucha distancia de Punta Salvaje?

—No lo creo. Unas cincuenta millas, como máximo, aunque en las actuales condiciones, es como si estuviéramos en el Polo Norte.

—No llegaremos allí jamás —se estremeció Kate.

—En estos momentos, Punta Salvaje y tu diadema me importan un rábano —dijo Sterkey crudamente—. Lo que interesa es salvar la vida.

—¿Crees que lo conseguiremos, *Bull*? —preguntó ella con inequívoca ansiedad.

—Necesitaremos mucha suerte, Kate, toda la suerte del mundo. Pero te diré una cosa.

—¿Sí?

—Por ahora, estamos vivos, cosa que, desgraciadamente, no pueden decir quince o veinte hombres que yacen en estos momentos a cientos de metros de profundidad.

—No es mal consuelo —suspiró Kate—. *Bull*, voy a ver si trato de dormir un poco.

—Espera. Quiero pedirte algo.

Kate le miró inquisitivamente.

—Me refiero al sobre que el capitán Nordolly envió a la señora Pentecost —dijo Sterkey.

—¿Tienes mucho interés en conocer su contenido?

—Tengo interés en saber lo que pasó durante aquellos días en que Nordolly y cuatro tripulantes permanecieron ausentes del *Ardyman*. No olvides que, a fin de cuentas, es debido a esa expedición por lo que yo he vuelto a estos parajes.

Kate asintió.

—Es cierto —convino—. Tienes pleno derecho a conocer el relato de lo que sucedió aquellos

días. Aguarda unos momentos; volveré en seguida.

Sterkey quedó solo.

El comedor estaba alumbrado por una sola lámpara, que despedía un triste resplandor amarillento. De vez en cuando, se oía un leve chap-chap; eran las olas que golpeaban contra la base del témpano, en uno de cuyos salientes se encontraba el *Attruk*.

Kate volvió a poco con un puñado de papeles en la mano.

—Aquí tienes —dijo simplemente.

—Gracias —contestó él.

La joven se marchó. Sterkey se sentó en un diván, tras dar un poco más de longitud a la mecha del farol, para obtener mejor iluminación, y comenzó la lectura de aquellos documentos.

> *… Estaba allí, sumido en el hielo, pero perfectamente conservado, como si no hubieran transcurrido en él un millón de años. Era un verdadero gigante, de más de tres metros de altura y, calculo, doscientos kilos de peso, pero de formas perfectamente proporcionadas. No había en las inmediaciones rastro de ninguna nave espacial ni de otro vehículo que pudiera explicar la forma en que el gigante había llegado a la Antártida.*
>
> *Las vestiduras eran muy finas, aunque estimo que debían de protegerle suficientemente contra el frío de estas latitudes. Tenía el pelo y la barba rojizos, pero no pude verle el color de las pupilas, ya que tenía los ojos cerrados. El color de sus vestidos era muy brillante, como si el tejido estuviese compuesto a partes iguales de hilos de oro y plata. No llevaba ninguna insignia ni divisas de ninguna clase; sólo un ancho cinturón de una materia extraña, que no era cuerda, por supuesto. El cinturón parecía de una pieza, ya que no tenía hebilla.*
>
> *Las botas eran altas, casi hasta la rodilla, de piel flexible y forradas interiormente con algo que parecía pelo finísimo de color azulado. En las manos tenía la diadema.*
>
> *La transparencia del bloque de hielo en que se hallaba era absoluta. El gigante se hallaba, por lo menos, a dos metros de profundidad, pero todos los detalles se apreciaban a la perfección. La diadema era… ¿cómo expresarlo, si no existen palabras para describir una joya tan maravillosa?*
>
> *Me dio la sensación de que era un mensajero que llevaba la diadema para coronar a la reina de algún país fantástico. Casi más que diadema, parecía una mitra, aunque no estaba cerrada por la parte superior. Tenía forma ligeramente cónica, de unos cuarenta centímetros de altura, por las dimensiones suficientes para ajustar en un cráneo humano de tamaño normal. El número de piedras preciosas que adornaban el oro —si es oro aquel metal—, era incalculable, y formaban extraños dibujos, de gran belleza, como no se han visto jamás en ningún país de este mundo.*
>
> *Hubiera querido sacar al gigante de su gélido sepulcro, pero carecía de herramientas adecuadas. Volveré al barco y entonces…*

Sterkey suspendió la lectura. El relato acababa unas pocas líneas más adelante. Él sabía perfectamente por qué Nordolly no había vuelto al lugar donde yacía el misterioso gigante.

CAPÍTULO X

La intensa bruma que envolvía los restos del *Attruk* dio la sensación de clarificarse un tanto. Por la mañana, Saphson seguía todavía encerrado en su cámara.

Ann tampoco se había dejado ver. Los tripulantes, encabezados por el esquimal, se habían entregado a la tarea de reunir todos los elementos que pudieran permitirles la supervivencia.

Sterkey dirigía los trabajos. De pronto, se le acercó Kate.

—¿Has leído el relato? —preguntó, después de saludarle.

—Sí.

—Te habrá impresionado muchísimo, supongo.

—Hay otra cosa que me ha impresionado mucho más —confesó él.

—¿Puedo saber cuál es?

—Nordolly y los otros cuatro murieron. El médico de a bordo, que murió más tarde, no supo diagnosticar nunca la enfermedad que causó la muerte de aquellos cinco hombres. Pero ¿te has fijado en el principio del relato?

—Sí. Nordolly dice que lo escribe, presintiendo su próxima muerte. ¿Por qué, *Bull*?

—Quizá a causa del gigante que descubrió, sepultado en el hielo.

Un escalofrío recorrió la espalda de la joven.

—¿Lo crees así? —dijo en voz baja.

—Quizá sea una tontería, pero… tal vez ese gigante estaba protegido por una invisible barrera de radiaciones de alguna especie desconocida para nosotros, las cuales originan la muerte de toda persona que trata de romper su eterno descanso.

—Es posible, *Bull*.

—Pero todavía hay más. Incluso llegó a pensar en la posibilidad de que sólo una persona pueda llegar hasta el gigante, sin correr peligro de muerte.

—¿Quién? —preguntó ella ansiosamente.

—La persona a la que está destinada la diadema.

Kate abrió mucho los ojos.

—Pero eso…

—Es sólo una suposición y quizá no podamos confirmarla o desecharla jamás. La persona que debe usar la diadema, opino, está protegida de algún modo contra esas misteriosas radiaciones que causaron la muerte de Nordolly y sus cuatro acompañantes. Repito que no es más que una hipótesis, pero dadas las actuales circunstancias, opino que debemos tenerla muy en cuenta.

—Sí, tal vez —admitió Kate, meditabunda.

El esquimal se acercó de pronto.

—Hemos reunido ya bastantes víveres —informó—. Con un poco de suerte, creo que no lo pasaremos tan mal hasta que lleguen los socorros.

—Es una buena noticia —convino Sterkey, sonriendo.

De pronto, sonó un grito:

—¡Eh, se despeja la bruma!

Sterkey y Kate volvieron la cabeza. Las paredes de hielo se hacían visibles con rapidez.

—Bueno, ahora veremos un poco más… Quizá sea conveniente trepar a un sitio alto y despejado, que permita mejor la propagación de las ondas de radio —sugirió él.

—¿Escalando ese paredón de hielo? —dijo Kate, muy impresionada por el muro casi vítreo que tenían a menos de veinte pasos de distancia.

—No habrá otro remedio —contestó él. Y como la niebla aclaraba ahora con rapidez, pudo ver el coronamiento del muro—. Se trata solamente de unos cincuenta o sesenta metros. Tallaremos escalones en el hielo y…

Súbitamente; alguien lanzó un penetrante alarido:

—¡Ahí está! ¡Mírenlo! ¡Está ahí, el gigante matador!

Los dos jóvenes volvieron un poco la cabeza. Estirado sobre la borda, Ed Willis tendía una mano hacia un punto de la pared del iceberg, situada a menos de quince pasos de la proa.

Kate y Sterkey corrieron hacia aquel lugar, lo mismo que el resto de los tripulantes. Con ojos desorbitados por el asombro. Sterkey contempló el enorme cuerpo de aquel ser que, evidentemente, no parecía nacido en la Tierra.

Y se dijo que el capitán Nordolly, ciertamente, no había exagerado lo más mínimo en su relato.

* * *

La transparencia del hielo era absoluta, como si fuera el cristal más fino. Ni un solo detalle escapaba a la vista de los espectadores.

Sterkey frunció el ceño. Nordolly había hablado de una capa de hielo de dos metros sobre el gigante. Ahora, y aun contando con el fenómeno de la refracción, que distorsionaba un tanto las imágenes, aquella capa parecía medir menos de un metro.

Otro detalle curioso era que el gigante yacía ahora de pie, debido a la posición del témpano de hielo. Pero la diadema era perfectamente visible en sus enormes manos y no cabía la menor duda de que se trataba de una joya de incalculable valor.

—Será para mí —sonó de pronto la voz de Ann.

Sterkey se volvió.

Ann había llegado de modo inesperado. Las aletas de su nariz palpitaban tenuemente y había en sus ojos un brillo de insana codicia. Ya no era la joven dulce y delicada que Sterkey había conocido en un principio, sino una mujer medio enloquecida por la avidez de poseer aquella fantástica joya.

—Es mía, esa diadema me pertenece —añadió.

Sterkey no quiso decir nada. En primer lugar, era preciso salvar la vida, se dijo; y después, si Ann quería quedarse con la diadema, a fin de cuentas, había financiado la expedición. A Sterkey le interesaba menos la joya que la supervivencia.

Saphson llegó de pronto. Ahora era de nuevo el rudo individuo que siempre había sido.

—Bien —dijo, riendo estrepitosamente—, al fin lo hemos conseguido. No sé cómo diablos está ese pajarraco ahí, pero de una cosa no cabe la menor duda: ahí está.

—¿Piensa sacarlo de su encierro, capitán? —preguntó Sterkey.

—La duda ofende, muchacho —respondió Saphson altaneramente.

—Pero…

—Usted ya no tiene nada que hacer aquí. Es sólo uno más de los tripulantes.

—No hay barco, capitán.

—Quedan los restos de un barco y, mientras una sola tabla se mantenga a flote, el capitán sigue conservando el mando. ¿O no conoce usted las leyes del mar?

Kate agarró el brazo de Sterkey con una mano, como para darle a entender que no era conveniente que siguiera adelante una discusión, que nada bueno podía reportarle. Saphson parecía casi fuera de sí y no atendería a razones.

Era mejor dejarlo, reconoció al cabo. Más que de la diadema, debía preocuparse de la supervivencia.

—Bien, vamos a ver si encontramos unos buenos picos —dijo Saphson—. Buscaremos también unas cuerdas y… —Se volvió un poco—. Hay una grúa que puede funcionar a mano. La necesitaremos para izar a ese gigante y traerlo a bordo.

De repente, alguien se opuso a los deseos de Saphson.

—¡No! ¡Ese gigante no vendrá aquí! —gritó Willis descompuestamente—. Antes lo haré volar en mil pedazos, lo juro.

Todos los presentes se volvieron en el acto. Sterkey sintió que los pelos se le ponían de punta al ver el cartucho de dinamita que Willis empuñaba con la mano derecha.

De uno de los extremos del cilindro explosivo brotaba una tenue columnita de humo azul, que indicaba de modo inequívoco que la mecha había sido encendida.

* * *

Sterkey no sabía cómo explicarse un hecho semejante. Sí, había explosivos a bordo, para un caso necesario en que la ruta quedase bloqueada por los hielos, pero debían de estar en la santabárbara, hundida con el resto del barco. Quizá Willis había tomado algún cartucho para sí, subrepticiamente, sin que nadie se enterase…, pero éste era un detalle accesorio en aquel momento.

—Ese gigante causó la muerte de mi hermano —gritó Willis—. Y ahora mismo lo voy a convertir en pedazos.

Su mano se alzó para arrojar el explosivo. Pero no tuvo tiempo de cumplir sus propósitos.

Bramando como un toro, Saphson se arrojó sobre Willis y lo derribó de un tremendo puñetazo. Willis, ágil como un gato, se levantó, mientras los demás contemplaban la escena con ojos espeluznados.

Willis blasfemaba como un poseso. El golpe de Saphson no le había alcanzado de lleno; de otro modo, habría perdido el sentido instantáneamente.

Pero había perdido ya la iniciativa. El cartucho de dinamita humeaba en el suelo.

Apenas si quedaba ya un centímetro de mecha.

Vomitando imprecaciones, Saphson cargó de nuevo contra el enloquecido tripulante.

Agarró a Willis por la cintura y lo disparó por encima de la borda.

Willis emitió un horrible alarido al sentirse volar por los aires. Un segundo más tarde, chocó contra el borde saliente de hielo, rebotó y cayó al mar.

Saphson parecía haberse convertido en un torbellino. Inclinándose velozmente, cogió el explosivo y lo lanzó igualmente fuera de los restos del *Attruk*.

—¡No, capitán! —gritó Sterkey, a la vez que se precipitaba sobre él. Quería apagar la mecha, pero llegó tarde.

Willis, aturdido aunque relativamente ileso, emergía de nuevo. En el mismo momento, la dinamita cayó a cinco pasos de él.

Sonó una atronadora explosión. Durante una fracción de segundo, Sterkey vio la horripilante transformación que sufrió el rostro de Willis, lanzado al aire, sobre una columna de espuma. Algo sangriento brotó de su vientre reventado por la explosión, que había apagado el último alarido del infortunado.

Willis cayó de nuevo. Esta vez se hundió y volvió a sumergirse.

El buque se estremeció de pronto y su cubierta adquirió una inclinación más pronunciada. Kate rodó por el suelo.

—¡Nos hundimos! —gritó alguien, lleno de pánico.

Sterkey se agarró a la borda instintivamente. Cerró los ojos.

«El témpano daría la voltereta de nuevo. Ahora ya no tendríamos salvación», pensó. Pero el suelo se quedó quieto, después de unos estremecimientos que llenaron a todos de pavor. Sterkey miró en derredor y pudo ver que Kate se ponía en pie sin ayuda.

—No debió haber hecho eso, capitán —dijo con acento de reproche. Saphson le dirigió una furiosa mirada.

—Todavía sigo siendo el capitán —contestó.

—Pudo haber desequilibrado el témpano…

—Ya ha pasado todo. Cállese de una vez. ¿O es que no se da cuenta de que ese maldito Willis había enloquecido? Repito que no quiero oírle hablar una sola palabra más sobre este asunto, ¿entendido?

Sterkey inspiró fuertemente. Kate le dirigió una mirada de súplica.

—El capitán Saphson ha obrado acertadamente —intervino Ann de pronto—. Soy la propietaria del *Attruk* y apruebo lo que ha hecho.

Sterkey se dijo que cualquier objeción resultaría inútil. Willis había muerto ya y no había poder humano capaz de devolverle a la vida.

CAPÍTULO XI

Los golpes de pico resonaban con fuertes ecos. Trozos de hielo volaban por los aires, a medida que la herramienta profundizaba en el paredón helado.

Antes de dar comienzo a la tarea, Saphson, ayudado por dos de los supervivientes, había tallado una especie de plataforma, situada a los pies del gigante, con objeto de trabajar con mayor comodidad. Había dos escalones más, situados a ambos lados, en cada uno de los cuales se hallaba un marinero. Saphson golpeaba en la parte central.

Ann contemplaba la escena, situada en el mismo témpano. Kate se hallaba junto a la borda.

Sterkey llegó junto a la joven.

—He registrado el equipaje de Willis —dijo a media voz.

Kate se volvió para mirarle con interés.

—¿Y…?

—Thad Willis era uno de los cuatro marineros que acompañaron al capitán Nordolly. Por lo visto, también escribió algo sobre lo que había contemplado.

—Y llegó a manos de Ed.

—Así es, Kate.

—¿Sabías que eran hermanos?

—No se me ocurrió pensarlo, pese a la identidad de apellidos. Pero los documentos que he encontrado no dejan lugar a la duda.

—En tal caso, Ed quería solamente vengar la muerte de su hermano.

—Sí, ahora lo vemos claro.

Kate lanzó una mirada hacia el muro de hielo.

—¿Ocurrirá ahora lo mismo? —dijo apagadamente.

—No tardaremos mucho en saberlo —contestó Sterkey.

—*Bull*, ¿qué tal fue la muerte de Nordolly y los cinco hombres? Quiero decir, si padecieron mucho…

—No. Simplemente, se acostaron una noche. A la mañana siguiente estaban muertos.

—A causa de una extraña enfermedad, ¿no es así?

—El médico del *Ardyman* no supo emitir un diagnóstico satisfactorio. Fallo cardíaco, es todo lo que dijo.

—Muy extraño, *Bull*.

—Sí, eso creo yo.

Hubo una corta pausa. Luego, Kate dijo:

—Bull, si el gigante sale de ahí, ¿no se provocará una situación de desequilibrio en el témpano?

—No me parece probable —estimó él—. Está situado a pocos metros sobre el nivel del mar y el témpano alcanza una altura de cincuenta o sesenta. Sólo vemos una pequeñísima parte del iceberg y no me refiero solamente a lo que hay fuera del agua, ya que ni siquiera conocemos sus dimensiones totales; pero puede calcularse que pesa varios cientos de miles de toneladas. La falta de unas cuantas no se notará, créame.

—Me tranquilizas —respiró la joven.

De pronto, Saphson interrumpió su tarea para quejarse:

—Esto cuesta más de lo que habíamos pensado. Es una lástima que no dispongamos de los elementos necesarios; con una perforadora eléctrica, habríamos terminado en unos cuantos minutos.

—Con el resto del barco se ha hundido algo más valioso que una vulgar taladradora eléctrica —dijo Sterkey—. Me refiero al helicóptero, naturalmente.

Saphson le dirigió una mirada venenosa.

—¿Quién diablos piensa ahora en ese cacharro? —contestó de mal talante.

—Está bien, capitán —intervino Ann—. Si se sienten cansados, ¿por qué no interrumpen la labor hasta mañana?

—En lugar de picar ahí, deberían hacer otra cosa —dijo Sterkey.

—¿Por qué no habla claro de una vez? —pidió Ann.

—Una escalera en la pared del témpano, para llegar a la cúspide y lanzar las llamadas de socorro.

—Eso no corre prisa; sacar la diadema es más urgente —manifestó, hosco, el capitán Saphson.

El día había avanzado notablemente. Miller y Huttan, que eran los que ayudaban a Saphson, daban también claras muestras de fatiga.

—De acuerdo —cedió Saphson, aunque no de muy buena gana—. Sacaremos mañana al gigante y a la diadema y luego tallaremos los peldaños de la escalera.

Sterkey se resignó con aquella decisión. A su lado. Cormoran lanzó un bufido.

—Es una lástima que no tenga a mano mi arpón para ballenas; lo usaría con mucho gusto para traspasar el pecho de ese monstruo.

* * *

Iba a quitarse las botas cuando, de pronto, se abrió la puerta del camarote sin hacer ruido.

Sterkey se puso en pie. Ann entró y cerró a sus espaldas.

—Hola —dijo, sonriendo de un modo extraño.

—¿Puedo serle útil en algo? —preguntó él.

—Quizá. —Ann se apoyó en la puerta, con las manos a la espalda—. Me gustaría tener un rato de charla franca y sincera contigo, *Bull*.

Sterkey captó el repentino cambio en el tratamiento.

—No tengo inconveniente —respondió con cautela.

—Mañana, en poco rato, el gigante quedará al descubierto. También la diadema, claro.

—Le pertenece a usted…

—Hay dudas sobre el particular, *Bull*.

—Yo no tengo ninguna, Ann.

—Tú no eres Saphson.

—No entiendo…

—Saphson pretende una de dos cosas, cualquiera, no importa, porque teniendo una, tendrá las

dos. Hablo de mí y de la diadema.

Sterkey silbó tenuemente.

—¿La pretende a usted?

—Nunca ha hecho un secreto de sus deseos, por lo menos, a mí. Pero también sé que quiere la diadema. Por tanto, si la consigue, me tendrá a mí. Y si no, tratará de conseguirme a mí, con lo que también tendrá la diadema.

—Saphson no es tonto —sonrió Sterkey—. ¿Qué piensa usted al respecto?

—Saphson no es mí tipo. —Ann entornó los ojos—. Demasiado… voluminoso, además de rudo. A las mujeres nos gustan los hombres rudos, pero todo tiene un límite, ¿comprendes?

Sterkey asintió.

—No me gustaría que Saphson consiguiera la diadema por ninguno de los métodos que piensa emplear —siguió ella—. Evítalo, *Bull*.

«Es una clara incitación al asesinato», pensó el joven.

—La diadema y yo podemos ser para ti —dijo Ann—. Pero, claro, Saphson se interpone…

—¿Solamente Saphson?

—Los demás no cuentan —respondió ella con indiferencia.

—¿Kate?

—Era sólo la ayudante de Orning. No tiene ningún derecho. Fue admitida a bordo únicamente por su relación con el profesor. Orning sí podía haber planteado alguna reclamación, pero, muerto, Kate sólo puede desear volver sana y salva a buen puerto.

—Pero usted es la dueña del barco; financió la expedición…

—Esas cosas no cuentan ahora, *Bull*. Sólo cuenta… el derecho del más fuerte.

Ann ya no era la muchacha dulce y amable que él había conocido los primeros días de navegación. Ahora había un extraño brillo en sus azules pupilas: avidez, ambición… y también ideas de muerte.

—Me lo pensaré —dijo él.

—La cosa corre prisa, *Bull*.

—Pasarán días antes de que podamos movernos de aquí. La diadema, ya siga bajo el hielo o pase al barco, está segura. Déjeme pensar algo que no falle, ¿quiere?

Ann se separó de la puerta, se acercó a él y le tendió los brazos. El ofrecimiento de sus labios no tenía nada de fingido.

—La diadema y yo —susurró con ardiente voz.

Sterkey la besó, porque quería ganar tiempo y fingir que, de momento, accedía a los deseos de Ann; pero la repulsión que sentía, era tal, que a duras penas contuvo las ganas de vomitar que le habían acometido repentinamente.

* * *

El hombre se asomó cautelosamente a la puerta del camarote y escuchó con infinita atención. Reinaba un absoluto silencio, apenas interrumpido por el suave chapoteo de las olas.

Rim Kenneth salió del camarote y caminó de puntillas hasta la puerta que conducía a la

destrozada cubierta. Descendió hasta la plataforma de hielo y se acercó al lugar donde yacía el gigante.

Una lechosa claridad bañaba el ambiente, permitiendo ver los objetos con cierto detalle. Kenneth se acercó al hielo y sacó un largo cuchillo que llevaba escondido bajo su grueso chaquetón.

La diadema estaba a casi dos metros de altura y a unos cincuenta centímetros de profundidad. Procurando hacer un mínimo de ruido, Kenneth empezó a rascar el hielo.

De vez en cuando, se interrumpía para escuchar, a la vez que miraba hacia los restos del barco. Todavía les quedaban a los otros cuatro o cinco horas de sueño. Kenneth calculó que con una tendría más que suficiente.

Luego desaparecería. Sabía cómo hacerlo. En la búsqueda de pertrechos aprovechables, habla encontrado algo, cuyo conocimiento ocultó a los demás. Se marcharía de allí, con la diadema y…

Rió suavemente, pensando en la inmensa fortuna que iba a ser suya. Viviría una vida opulenta, ostentosa, llena de lujo. Palacios, mujeres hermosas… nada, nada le faltaría.

Siguió trabajando. Deliberadamente, procuraba rascar el hielo en un trozo que seguía con bastante aproximación los contornos de la diadema. Al cabo de un buen rato, se interrumpió para tomarse un breve descanso.

El hielo era más duro de lo que parecía. Kenneth hurgó en sus bolsillos y sacó un cigarrillo. Acto seguido encendió un fósforo. Podía permitirse aquella pequeña distracción que, al mismo tiempo, servía de sedante para sus nervios en tensión.

El aire estaba en completa calma. Sosteniendo el fósforo con dos dedos, Kenneth se volvió para contemplar mejor al gigante.

Una horrible sacudida estremeció todo su cuerpo. Por un instante, creyó soñar.

Los ojos del ser estaban abiertos.

Kenneth sabía que no podía equivocarse. Había tenido sobradas ocasiones de contemplar al gigante y siempre había visto que sus ojos estaban cerrados.

Pero ahora ocurría todo lo contrario, y una luz extraña, de un color rojo amarillento, que parecía brasa viva, emanaba de sus pupilas.

Al mismo tiempo, Kenneth se dio cuenta de que largos regueros de agua corrían hacia abajo.

¡El témpano se fundía!

La llama del fósforo se extinguió. Kenneth quiso gritar, aliviar su pánico con un chillido, pero la voz no pasó de su garganta.

Trató de escapar. Una extraña fuerza le mantenía clavado al suelo helado.

Ahora, el hielo se fundía cada vez con mayor rapidez. Kenneth intentó huir desesperadamente, pero aquella misteriosa fuerza le retenía con sus hilos invisibles e indestructibles.

El hielo terminó de fundirse. Entonces, el aterrado Kenneth se dio cuenta de que las manos del gigante se elevaban lentamente hacia él.

La diadema no cayó, sostenida por una especie de arnés, colgado del cuello del gigante.

De repente, Kenneth sintió que algo estallaba dentro de su pecho.

Un dolor vivísimo traspasó su corazón, justo cuando las enormes manos del ser tocaban ya su cuello. Cayó desmadejado, convertido en un fláccido montón de ropajes, sin saber que había



muerto de miedo.

CAPÍTULO XII

Un terrible alarido despertó de súbito a Sterkey.

—¡El gigante ha desaparecido!

En el primer momento, creyó que se trataba de una broma estúpida. Pronto recordó la situación en que se hallaban y los acontecimientos de las últimas horas.

Vistióse rápidamente. Había una fuerte conmoción en el exterior.

En unos segundos, llegó a la cubierta. Sus ojos se desorbitaron al ver el hueco en el que había estado el gigante y que ahora aparecía inequívocamente vacío.

Saphson juraba y maldecía a voz en cuello, al mismo tiempo que se arrancaba puñados de pelo. A su lado, Ann, arrodillada en la inclinada cubierta, sollozaba amargamente.

Kate permanecía con los labios fruncidos. Cormoran, Miller y Huttan estaban a poca distancia, conversando en voz baja.

—Alguien terminó durante la noche de excavar, sacó al gigante, lo tiró al mar y se quedó con la diadema —dijo Miller de pronto.

Sterkey no pareció muy convencido con la explicación. En el hueco en que había estado el gigante se veían cosas muy extrañas.

—Será cuestión de examinarlo con detenimiento —dijo, a la vez que se dirigía hacia la escala que permitía descender hasta la plataforma de hielo.

Kate le siguió impulsivamente y lo mismo hicieron los tres marineros. De repente, Cormoran lanzó un grito:

—¡Señor Sterkey, sangre!

El joven se estremeció. Al pie del lugar donde había yacido el gigante, se veían unas manchas de color rojo oscuro, cuyo significado no dejaba lugar a dudas.

Terminó de bajar. Había más manchas y seguían una dirección determinada. Eran grandes goterones, algunos como monedas, otros tan grandes como la palma de la mano. Pero lo más extraño de todo era que seguían una dirección ascendente, manchando los peldaños de una escalera tallada en la pared, de una forma casi perfecta. La escalera terminaba en lo alto del iceberg. Todos se sentían anonadados.

—¿Quién ha construido esta escalera? —preguntó Kate a media voz.

Sterkey, pese al asombro que sentía, examinaba el hueco que había servido de sepultura al gigante. Había trozos en los que todavía se notaban las señales de los picos empleados la víspera. Pero el resto aparecía con los bordes muy redondeados, con formas que permitían adivinar fácilmente lo ocurrido.

—El hielo se ha fundido —murmuró, pasmado.

—Esa sangre que vemos, ¿es suya? —preguntó Kate.

Sterkey no se sentía en condiciones de responder.

Examinó los dos primeros peldaños y encontró que tenían unas dimensiones mayores que lo ordinario.

—Peldaños de una escalera adecuada al tamaño del gigante —dijo—. Y, además… Se detuvo, un tanto irresoluto.

—Además, ¿qué, *Bull*? —inquirió la joven.

—Estos peldaños no han sido tallados por un instrumento o una herramienta cortante. Tienen todo el aspecto de haber sido hechos por medio de la fusión del hielo.

—¿El gigante?

—¿Lo ha hecho alguno de los que quedamos vivos?

Kate se mordió el labio inferior. Había allí un enigma que no se sentía en condiciones de esclarecer.

De pronto, Saphson, reaccionando, lanzó un grito:

—No importa cómo, pero el gigante ha escapado. Tenemos que darle alcance y matarlo, sea como sea. Jake, Miller, Huttan, Kenneth, busquen las armas…

—Capitán, Kenneth no está —dijo el esquimal.

—Baja a su camarote y despiértalo —barbotó Saphson—. Usted, Huttan, traiga todas las armas que quedan.

—Sólo disponemos de un fusil y dos pistolas. Todo lo demás se fue al fondo del mar, capitán —manifestó el interpelado.

—Con eso será suficiente. Pero dese prisa, maldito estúpido.

Huttan echó a correr. Miller quedó en el mismo sitio, meneando la cabeza.

—Jake tenía razón —dijo, pesimista—. El pájaro negro… Un caníbal a bordo…

Ann pareció salir del abatimiento en que había caído.

—El gigante no ha podido ir muy lejos. Seguramente, se hirió al salir de su tumba. Seguiremos su rastro y lo encontraremos —exclamó.

—Y rescataremos la diadema —añadió Saphson torvamente.

El esquimal volvió en aquel momento.

—Capitán, Kenneth no está en su camarote —informó.

—¿Cómo? —rugió Saphson.

Sterkey oyó aquellas palabras y empezó a sospechar algo. De pronto, al mirar una vez más hacia el suelo, vio un montón de hielo que parecía proceder de la nueva congelación del agua desprendida del bloque.

A través del hielo, que no era muy transparente, se divisaba un objeto de forma alargada.

—Un pico, rápido —pidió.

Cormoran se lo lanzó desde la borda. Sterkey lo atrapó al vuelo y empezó a golpear el suelo.

Momentos más tarde, tenía en las manos un cuchillo de grandes dimensiones, en cuyo mango pudo leer dos iniciales de claro significado: R. K.

—¿Alguien reconoce este cuchillo? —preguntó.

—Es el de Kenneth —exclamó Cormoran, que había descendido a la plataforma. Sterkey cambió una mirada con Kate.

—Ya no hay duda —dijo—. La sangre que estamos viendo no es del gigante.

* * *

Saphson revisó el fusil y puso el seguro, satisfecho del arma.

—Espero que ese gigante se ponga pronto a tiro —dijo—. Puede ser muy fuerte, pero no hay valiente que resista un par de buenos balazos.

—Capitán —exclamó Kate.

Saphson se volvió hacia la joven.

—Diga, señorita Doggen.

—No me gustaría que matase a ese ser —pidió Kate—. Sería preferible que tratase de capturarle vivo. La ciencia…

—Un cuerno para la ciencia —contestó Saphson brutalmente—. La diadema me interesa más, ¿comprende?

Kate se volvió hacia la otra.

—Ann, tú…

—La diadema —dijo Ann fríamente.

Las manos de Kate cayeron desmadejadas a lo largo de sus costados. Era inútil suplicar. Ann y Saphson, ciegos, no querían atender a razones. Su único interés estribaba en conseguir la diadema, al precio que fuera, sin importarles en absoluto la existencia de un ser de tanta importancia para los científicos, en especial los antropólogos.

—El gigante no puede haber ido muy lejos —supuso el capitán—. Es preciso tener en cuenta que nos hallamos en un témpano y, probablemente, está aislado de los demás. En todo caso, el contacto se produce bajo las aguas, pero eso ya no importa.

—Estoy de acuerdo con usted, capitán —dijo Ann.

Y luego volvió su rostro para cambiar una mirada con Sterkey. El joven se mantuvo impasible, como si no quisiera dar a entender que comprendía con toda claridad lo que querían decirle los ojos de Ann.

—Listos, en marcha —ordenó Saphson.

—Yo me quedo, capitán. Alguien tiene que vigilar esto —dijo Miller.

Saphson asintió con un gruñido. Luego, resuelto, puso el pie en el primer peldaño, que no media menos de cuarenta centímetros de altura.

Kate también formaba parte de la expedición. A pesar de las intenciones de Saphson, estaba dispuesta a hacer lo que pudiera para conservar la vida del gigante.

La ascensión se hizo lenta y penosa, a causa de la altura de los escalones. Incluso el mismo Saphson se movía con ciertas dificultades.

—No me explico cómo el gigante vino a aparecer aquí —dijo Kate, a poco de emprender la subida—. Tenía que estar a cincuenta millas más al Sur, en Punta Salvaje…

—Estaba dentro de un témpano de hielo que, a su vez, formaba parte de la Banquisa. Usted sabe que periódicamente se desprenden icebergs, que flotan en el mar y que son arrastrados hacia el Norte por las corrientes.

—Pero el capitán Nordolly mencionó la tierra firme, *Bull*.

—Está cubierta por una enorme capa de hielo. Salvo en algunos lugares aislados, durante el verano, no se ve el suelo jamás. Sólo hielo, ¿comprende?

—Sí. De modo que ese témpano se desprendió, echó a navegar…

—Y nos encontramos con él, porque seguíamos rutas diametralmente opuestas, eso es todo. En

cambio, usted quizá pueda explicarme por qué apareció ese gigante no ya aquí, sino en el planeta.

—Hay antropólogos que sostienen que, en el pasado, la Tierra estuvo poblada por una raza de gigantes. Se han encontrado restos humanos que parecen hablar en favor de tales suposiciones, pero, hasta ahora, jamás se había encontrado un ejemplar completo. Mucho menos, vivo después de un millón o dos de años.

Sterkey sintió un escalofrío.

—Una cifra fantástica —murmuró—. ¿Cómo ha podido sobrevivir, Kate?

—No lo sé. El hielo ha ayudado, claro está; pero ha pasado tanto tiempo… Quizá aquella supuesta raza poseía facultades que nosotros no somos capaces de imaginar siquiera. Puede morir por efectos de una bala, pero donde uno de nosotros moriría helado, él ha podido sobrevivir en estado de hibernación, tal vez provocado por sí mismo, con ánimo de despertar algún día.

—Quizá —convino Sterkey. Era una explicación posible, sensata, acaso con algunos fallos, pero no había otra manera de aclarar el enigma.

Saphson llegó a la cima del iceberg momentos más tarde. Los demás le siguieron a poca distancia.

La vista de Sterkey se tendió por el horizonte. Masas enormes de hielo se extendían por todas partes, un enorme campo de hielo, de formas fantásticas, cuya sola contemplación aturdía y anonadaba. Por el momento, y desde aquel punto, era imposible averiguar si el iceberg se hallaba aislado de los demás.

De pronto, Huttan lanzó una exclamación:

—¡Eh! ¿Qué es ese bulto que se ve ahí?

Varias cabezas se volvieron simultáneamente. A veinte pasos de distancia y en el fondo de una pequeña concavidad, se veían unas cosas oscuras.

Saphson avanzó cautelosamente, con el dedo en el gatillo de su fusil. Sterkey, que disponía de un revólver, se emparejó con él.

El bulto estaba compuesto por varias ropas manchadas de sangre. Además, había otras cosas.

Huesos humanos.

Ann lanzó un chillido de pavor. Kate se puso una mano en la boca, a fin de contener las náuseas que sentía.

Huttan emitió una maldición. Sterkey sintió que se le revolvía el estómago al ver aquel fémur roído, limpio de carne… Ya había visto algo parecido unos años antes.

Otros huesos más pequeños aparecían rotos, mordidos, destrozados por unos dientes de un tamaño descomunal, alojados en unas mandíbulas de increíble potencia. Aquello, se dijo Sterkey, era todo cuanto quedaba de Kenneth.

Durante unos momentos, no hubo en la cima del témpano más que un consternado silencio. Nadie se sentía capaz de pronunciar una sola palabra.

De súbito, un ruido rompió el silencio. A Sterkey le pareció el sonido más incongruente que se pudiera escuchar en aquellas circunstancias.

Era el ruido de un motor de gasolina.

Saphson reaccionó con inusitada rapidez. Corrió hacia el borde del témpano y, al llegar allí, se echó el rifle a la cara.

—¡No dispare, capitán! La detonación podría provocar el derrumbamiento de algunos fragmentos de hielo, lo que ocasionaría tal vez la pérdida de equilibrio de algún iceberg…

Saphson no hizo caso de las recomendaciones del joven.

—Cállese, estúpido —dijo violentamente—. ¿Cree que voy a permitir que ese hijo de perra nos deje aquí abandonados a nuestra suerte?

Kate se asomó al borde. Abajo, a sesenta metros de profundidad, una balsa de goma hinchable, de dimensiones desusadas, se separaba del témpano y se encaminaba, propulsada por un motor de gran potencia, hacia lo que parecía un paso que permitiría la salida al mar libre.

Sterkey divisó varios bultos en la balsa. Provisiones, se dijo. Entonces, detonó el rifle.

Miller cortó el gas inmediatamente. Un segundo más tarde, viró en redondo y regresó al témpano.

—Le he alcanzado —dijo Saphson, satisfecho.

—Pero ha perforado uno de los flotadores —alegó Kate.

—No importa: en el barco hay elementos para tapar ese agujero. Pero ese bandido de Miller no podrá ya seguir navegando sin nosotros.

En aquellos instantes, Sterkey concibió una sospecha, pero, prudente, se abstuvo de anunciarla en voz alta.

—Bajemos —dispuso Saphson—. Ya volveremos aquí de nuevo. Pero en cuanto esté a bordo, pienso ajustar las cuentas a ese canalla de Miller.

Cuando llegaron a los restos del barco, Miller aguardaba con un bichero en las manos.

—Capitán, admitiré sus reproches —dijo—; pero si me toca, le rajaré las tripas.

CAPÍTULO XIII

Saphson se quedó un tanto desconcertado por el inesperado recibimiento. Llevaba el rifle colgado al hombro y no tendría tiempo de alistarlo. Miller le atacaría antes con aquella especie de lanza, que medía más de dos metros de largo.

—Está bien, Miller —dijo, conciliador—. Me hago cargo de lo que pensaste en nuestra ausencia. No pienso decirte nada, pero deja ese maldito bichero.

—Lo haré cuando vea que no piensa disparar contra mí —contestó el marinero hoscamente.

—Tengo el fusil colgado del hombro —sonrió Saphson.

—Eso no me basta. Jake, hazte con el arma.

Cormoran se apoderó del fusil. Miller, más aliviado, dejó caer el bichero.

Entonces, Saphson, rápido como una centella, saltó sobre el esquimal y le quitó el fusil.

Barbotando obscenos improperios, quitó el seguro y puso el dedo en el gatillo.

Pero antes de que pudiera disparar, sintió en la nuca el frío contacto del cañón de un revólver.

—Capitán, si hace fuego, considérese muerto.

—¿Sterkey?

—Sí, señor.

—Se ha amotinado usted. Me amenaza de muerte a mí, a su capitán. ¿Sabe la pena que acarrea esta clase de delitos?

—Odin Saphson, no estamos en el siglo pasado, cuando se ahorcaba a los marineros amotinados. Usted se disponía a cometer ahora un asesinato. Simplemente, trato de evitarlo.

—¡Maldita sea! Miller quería abandonarnos…

—¿Y no pretendía usted, tal vez, hacer lo mismo, cuando hubiera conseguido la diadema?

Hubo una larga pausa de silencio. Saphson resoplaba como una vieja locomotora.

—Deje caer el fusil —ordenó Sterkey.

—Soy el capitán…

—Ya no lo es —intervino Ann súbitamente—. Señor Saphson, a partir de este momento, le destituyo del mando. Puedo hacerlo perfectamente; soy la propietaria del *Attruk*…, mejor dicho, de los restos del *Attruk*. A partir de este momento, el señor Sterkey es el capitán.

Sterkey se quedó asombrado por la inesperada reacción de la joven. Pero luego, recordando la conversación de la víspera, la encontró completamente lógica.

—Jake, quítale el fusil al señor Saphson —ordenó.

—Con mucho gusto —dijo el esquimal.

La tensión cedió un poco. Saphson se volvió y miró torvamente a todos los circunstantes.

—Una sucia jugarreta, una cochina decisión —dijo exasperadamente—. Esa maldita zorra…

El revólver de Sterkey apuntó directamente a la cara del pelirrojo.

—Señor Saphson, si no se calla en el acto, ordenaré que lo encierren, con grilletes en los pies. Hay cadenas de sobra todavía, ¿comprende?

El poderoso pecho de Saphson se dilató, haciendo crujir las costuras de sus ropajes. Pero vio la decisión en el rostro de Sterkey y comprendió que no le quedaba otro remedio que obedecer.

Giró sobre sus talones y se marchó en silencio. Ann sonreía, complacida.

—Bravo, *Bull* —dijo—. Has demostrado de sobra méritos para el cargo que acabo de darte.

Pero Sterkey no se sentía tan alegre.

—Esto no me gusta, no me gusta —refunfuñó.

* * *

—¿De veras crees que Saphson había previsto la huida a bordo de la balsa? —preguntó Kate.

—Era una posibilidad que había tratado de cubrir. De otro modo, no se explica que la balsa estuviese en la proa, tan bien provista y con un motor de gran potencia. Aparte del tamaño de la propia balsa, claro está.

—Hubiera sido capaz de dejarnos abandonados aquí —musitó ella.

—No te quepa la menor duda.

—Pero ¿habría llegado a mar abierto?

—Había provisiones para dos personas y quince días, sin demasiadas privaciones; agua, mantas, ropa de abrigo y casi media tonelada de gasolina. Una balsa puede recorrer así más de mil kilómetros, distancia sobrada no sólo para alcanzar el mar abierto, sino también las zonas donde se mueven los balleneros. Por si fuera poco, la balsa disponía de una emisora que lanzaba automáticamente señales de socorro. Antes de una semana, algún radiogoniómetro habría localizado esas señales, ¿comprende?

—Y Saphson, con la diadema en su poder, no habría dicho nada de nuestra presencia en la Banquisa.

—Justamente.

—*Bull*, ¿qué me dices de Ann? —preguntó Kate de sopetón.

Sterkey dudó un momento.

—Por ahora, me reservo la respuesta —dijo al fin.

—¿Sospechas de ella?

—No me atrevo a emitir una opinión.

—Lo que quiere decir que sí sospechas de ella.

—Kate…

—Se cometieron varios asesinatos a bordo. Quizá Ann tuvo algo que ver con esas muertes.

—Kate, recuerda que también a mí trataron de asesinarme.

—Quizá Ann no intervino en eso, pero sí en las otras muertes.

—¿Por qué, Kate?

—Para Orning, la diadema tenía un interés puramente científico. Ann piensa de un modo diametralmente distinto. Y no hablemos ya de Saphson; sus intenciones están bien a la vista.

—Pero Orning, a la vuelta, podía haber hablado, discutido la real propiedad de la diadema…

—¿También después de muerto?

Era una certera pregunta. Sterkey asintió.

—¿Y los otros asesinatos? —Quiso saber.

—Recuerda una frase clásica: «Los muertos no hablan».

—Eso significa que había más gente complicada en el asunto.

—Sí, *Bull*.

—En cierta ocasión me dijiste que Orning no se encontraba a gusto en el *Attruk*. Si el profesor presintió algo, ahora veo que tenías razón.

—Ya no vive para decirle que estamos de acuerdo con él —suspiró Kate. De pronto, exclamó —: *Bull*, ¿crees que el gigante devoró a Kenneth?

—Según las apariencias, sí.

Ella se estremeció.

—Se comió la carne cruda… —Un nudo se formó en la garganta de la joven repentinamente —. No sé cómo tengo humor para hablar de estas cosas —gimió.

—Debemos encararnos con la realidad. No podemos eludirla; es algo que en estos momentos, forma parte de nuestra existencia.

—Sí, *Bull*, pero… ¡es todo tan horrible!

—Lo siento, Kate. ¿Por qué no intentas dormir?

—Trataré de conseguirlo —dijo ella con voz desmayada.

Y se dirigió hacia su camarote, pero Sterkey la retuvo por una mano.

—Kate, todavía tengo que darte las gracias —dijo.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Me diste comida cuando estaba en el calabozo.

Kate hizo un esfuerzo por sonreír.

—El castigo me pareció inhumano —contestó simplemente—. Buenas noches, *Bull*.

—Buenas noches, Kate.

* * *

Un ligero ruidito despertó a Sterkey inesperadamente. Irguiéndose en la litera, apuntó hacia la puerta con el revólver.

—No dé un solo paso más o disparo —amenazó a media voz.

—Baja ese chisme, *Bull* —dijo Ann.

—¡Usted!

De pronto, la joven se arrojó sobre Sterkey y le abrazó apasionadamente.

—Querido, no podía dormir —murmuró a su oído—. Pensé en ti y… Bien, aquí estoy, aquí me tienes…

—Pero, Ann…

—¿Qué te pasa? ¿Es que no me amas?

—Por favor, Ann, éstos no son momentos para…

Ella le besó con furia, casi mordiéndole en los labios.

—Estamos a punto de conseguir la diadema —susurró—. Pero puede que haya peleas. Evítalas, *Bull*.

—¿Cómo? —preguntó él.

—Mata a Saphson. Es el único peligroso. Los demás no importan; se les pagará bien. Callarán, te lo aseguro. Pero Saphson…

—No soy un asesino —alegó Sterkey.

Ann rió burlonamente.

—Esa diadema no permite sentir escrúpulos. ¿O es que Saphson los ha sentido en algún momento?

—¿Qué sabes de él?

—Mató a Orning.

—¿Te lo ha dicho el propio Saphson?

—Sí. Staunton fue el que arrojó al mar a Orning. Wronski vigilaba. Cuando tú quisiste intervenir, Wronski te atacó y te dejó sin sentido.

—¿Qué me dices de Pernell?

—Orning conocía tu historia. Él fue quien sugirió que te contratásemos. Pero Saphson estaba seguro de llegar a Punta Salvaje por sí mismo. Naturalmente, no podía negarse a mis deseos.

—Creo que voy comprendiendo. Ann.

—Había una conspiración entre Saphson, Wronski y esos dos marineros. Tú mataste a uno, pero Saphson se quitó de en medio a unos colaboradores que ya no le servían.

—Diablos, Saphson y yo estábamos juntos cuando descubrimos el cadáver de Wronski.

—Lo había matado antes. Hizo una buena comedia, ¿comprendes?

—Sí, Ann. Pero…

—¿Qué te pasa? ¿Todavía dudas? —preguntó ella, casi irritada.

—No, no es eso, Ann; es que hay cosas que todavía no logro entender.

—Pues está bien claro, tonto. Saphson quiere la diadema para sí. De momento, necesitaba crear una situación de terror a bordo del *Attruk*, aparte de que le convenía la muerte de Orning. Ya te digo que tú le estorbabas, aunque tuvo que simular que estaba conforme con mis órdenes, que se debían a los consejos del profesor. Saphson fue quien envió a Wronski a Puerto Stanley, para que trabase amistad contigo y te pusiera el narcótico en el licor… ¿Crees que debo seguir?

—No —murmuró él, muy pensativo—. Pero todavía no se sabe por qué murieron el capitán Nordolly y sus cuatro acompañantes.

—Y eso, ¿qué importa ahora? El médico del *Ardyman* emitió un diagnóstico satisfactorio: colapso cardíaco. ¿O es que tú viste en ellos algo extraño que te haga dudar de ese diagnóstico?

—Claro que no, aunque me hubiera gustado…

—Eso está ya pasado, *Bull*, no le des más vueltas; lo que importa ahora es el presente.

Sterkey la miró fijamente.

—¿Qué me dices del futuro, Ann? —inquirió.

—A mi lado siempre —rió ella—. Con la diadema… y sin Saphson, claro.

—Sin Saphson…

—Mátalo, *Bull*, mátalo —susurró la joven.

—¿Es que no tienes confianza en ti misma para quedarte con la diadema, una vez que la hayas conseguido?

—Saphson nos matará a todos. ¿O no te has dado cuenta de que ya tiene preparados todos los medios para escapar, apenas se haya apoderado de la diadema? Suponiendo que no empiece a tiros con nosotros, lo menos que hará será dejamos aquí abandonados.

—Alguien vendrá…

—¿Por qué tantas dilaciones, Bull? —Se impacientó Ann—. No te propongo un asesinato; simplemente, te pido que trates de salvar nuestras vidas, que correrán peligro mientras ese salvaje esté vivo. ¿Lo entiendes ahora?

En cierto modo y si las intenciones de Saphson eran las que Ann decía, sí, resultaría una medida preventiva. No se podía negar que Saphson era el autor e inductor de varios crímenes, pero, a pesar de todo, Sterkey seguía dudando.

Simplemente, no se sentía con fuerzas para matar a un hombre a sangre fría.

—Tú le has vencido, cuando yo le quité el mando —murmuró la joven ardientemente—. Ahora te odia más que nunca. Mátalo, mátalo…

Era una voz diabólicamente persuasiva. Por un momento, Sterkey sintió que su voluntad empezaba a flaquear.

Pero, de pronto, algo hizo trepidar con tremenda fuerza los restos del barco. Sobre las cabezas de Sterkey y Ann se oyó un ruido singular.

Ann levantó los ojos instintivamente hacia el techo del camarote. El ruido se repitió.

—*Bull*… —dijo ahogadamente—, creo que… el gigante está sobre nosotros.

CAPÍTULO XIV

Sterkey apartó a la joven de sí y empezó a calzarse en silencio, pero con rapidez. Luego agarró el chaquetón y sacó el revólver, cuya carga comprobó en unos instantes.

—No haga ruido, Ann —dijo en voz baja.

Ella asintió con un mudo gesto. Sterkey abrió y se asomó al inclinado corredor.

Sonaron pasos sobre ellos, en la cubierta. Eran unos pasos irresolutos, vacilantes, como si la persona que se movía desconociera el terreno que pisaba. Pero no se podía negar que eran los pasos de un ser que pesaba enormemente.

Sterkey avanzó hacia la escalera que conducía a la cubierta.

—Cuidado, *Bull* —susurró Ann, detrás de él.

Sterkey dio unos cuantos pasos más. De pronto, oyó una voz conocida, que en aquellos momentos poseía unos tonos muy bajos:

—Señor Sterkey, un solo paso más y saltaré los sesos de esta chica estúpida.

El joven se volvió. Apretó los labios.

Saphson había surgido de repente de su cámara, de la que no había sido aún desalojado, y sujetaba a Ann con una de sus manos, tapándole la boca al mismo tiempo, mientras que con la otra mantenía un revólver apoyado en su sien derecha.

Miller y Huttan aparecieron en el mismo momento. El primero corrió hacia Sterkey y le quitó el revólver.

—Parece que Saphson te ha perdonado el intento de deserción, ¿eh? —comentó Sterkey, amargamente.

—La balsa está reparada. En cuanto hayamos liquidado al gigante, nos iremos los tres —declaró Miller.

Sterkey rió despectivamente.

—Estúpido —le apostrofó—. En cuanto haya conseguido lo que desea, Saphson os pegará cuatro tiros y se marchará solo con el botín. ¿Es que no has aprendido a conocerle todavía?

Miller blandió el revólver con furia.

—Hemos hecho un pacto entre caballeros —contestó—. Y si alguien intenta quebrantarlo, tendrá que conocer el sabor del plomo, ¿comprende?

—Bien, bien, como quieras, Miller; a fin de cuentas, ya tienes edad para saber qué es lo que te conviene.

—Vamos a encerrarlos —dijo Saphson, a la vez que empujaba a Ann hacia una puerta próxima —. Después…

Aquella frase inconclusa podía completarse fácilmente con el pensamiento. Y lo que Saphson no había dicho encerraba una amenaza siniestra.

La puerta se abrió, Kate y el esquimal les miraron desde el fondo de la cámara.

—Adentro —ordenó Saphson, brutalmente.

Sterkey y Ann penetraron en la cámara. La puerta se cerró tras ellos.

—Bien —dijo Sterkey—, parece que las cosas no han salido como deseábamos.

—Terminarán muy mal —vaticinó Kate lúgubremente—. En cuanto hayan conseguido la

diadema, se irán con la balsa.

—Pero ya hemos hecho llamadas de socorro…

—Los socorros no llegarán a tiempo. Saphson pondrá explosivos bajo el casco del buque. La explosión le hará perder el equilibrio y nos iremos al fondo, encerrados en esta cámara.

De pronto, se oyeron gritos y disparos en el exterior.

—Duro con él… No le dejéis escapar…

* * *

Cormoran se incorporó de repente.

—Todavía no han ganado la partida —dijo, a la vez que sacaba de debajo de sus ropajes el enorme cuchillo que nunca abandonaba.

—¿Cómo lo tienes, Jake? —preguntó Sterkey, asombrado.

Una ladina sonrisa apareció en el rostro del esquimal.

—Si me hubieran llevado al camarote de la señorita Kate… Pero fue al revés; a ella la trajeron aquí y se limitaron a cerrar la puerta. No se molestaron en registrarme.

—Entiendo. Kate, ¿cómo la sorprendieron?

—Había ido a uno de los lavabos. Miller y Huttan me apresaron al salir —explicó la muchacha.

Cormoran manipulaba ya en la cerradura, con ayuda de su cuchillo.

—No va a resultar fácil, pero lo conseguiré —murmuró.

Los gritos y las detonaciones habían cesado ya. Ann dirigió a Sterkey una mirada de reproche.

—Incrédulo —dijo.

Sterkey apretó los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate, extrañada.

—*Bull* es un tipo con demasiados escrúpulos. Le anuncié las intenciones de Saphson y no quiso creerme. Ya hemos perdido la iniciativa. Pronto perderemos la vida y todo por culpa de este imbécil.

—Ann, no soy un asesino —se defendió el joven.

—Matar para salvar la propia vida, no es un asesinato —exclamó Ann acaloradamente.

—Está bien, de acuerdo. Pero no solamente Saphson debía morir, sino todos los demás, confiésalo.

—Yo sólo te hablé de Saphson…

—Y luego hubieras querido deshacerte de los demás. ¿O no me has mencionado la balsa?

El rostro de Ann se contrajo.

—Maldito estúpido —le apostrofó—. Nunca serás nada, si vacilas de esta forma. No debía haber confiado en ti; llegué a pensar que…

—Pensaste mal, en todo caso —cortó Sterkey secamente—. Kate, puedo asegurarle que nunca quise convertirme en un asesino.

—Le creo, *Bull* —dijo la joven—. Me parece que yo también he aprendido a conocer a Ann.

Un brillo de furia apareció en los ojos de Ann. Fue a decir algo, pero, en aquel momento, sonó,

triunfal, la voz del esquimal:

—Paso franco.

Cormoran hizo girar la puerta suavemente. Asomó la cabeza y, acto seguido, movió la mano.

—No hay nadie en el pasillo —anunció.

Uno a uno, salieron fuera, encabezados por el esquimal, que no abandonaba su cuchillo. Sobre la cubierta se oyeron voces decepcionadas:

—Maldita sea, se ha ido…

—Está herido, capitán; no puede llegar muy lejos. Le buscaremos en cuanto haya un poco más de luz.

—Sí, será lo mejor —convino Saphson.

—¿Qué hacemos con los que están encerrados, capitán?

—Ya está decidido, muchachos: la dinamita. Pero ahora conviene que no nos movamos de aquí: tengo la impresión de que el gigante puede volver en cualquier momento.

—¿Qué te decía yo, *Bull*? —murmuró Ann.

La voz de Saphson se oyó de nuevo:

—Miller, ¿por qué no traes un poco de café caliente? Nos animaría un poco si, además, le añades unas gotas de *brandy*.

—Buena idea, capitán.

Cormoran hizo un gesto con la mano. Sterkey y las mujeres se pegaron al mamparo.

La silueta de Miller se dibujó en lo alto de la escalera. Bruscamente, algo salió disparado hacia arriba con tremenda velocidad.

Miller tosió agónicamente. Soltó el revólver, que cayó, rebotando de peldaño en peldaño, y se agarró con ambas manos al mango del cuchillo tan hábilmente lanzado por el esquimal.

Sterkey saltó hacia adelante y se apoderó del arma. Tuvo el tiempo justo de retirarse a un lado y evitar así recibir el cuerpo de Miller, que caía dando volteretas por la escalera.

El hecho produjo ruido. Arriba sonaron voces de alarma:

—¡Eh, Miller! ¿Qué diablos te ha ocurrido?

Huttan se asomó en el final de la escalera. Tenía un revólver en la mano. Divisó el retorcido cuerpo de su compinche y levantó el arma.

Dos fogonazos taladraron sonoramente la penumbra. Huttan gritó, se retorció y, tras unos tambaleos, rodó por la cubierta.

Saphson gritó de rabia. Sin asomarse, disparó un par de tiros con su fusil. Las balas rechinaron al rebotar en las paredes metálicas del pasillo.

—Cuidado —dijo Sterkey—. No se pongan en su línea de tiro…

De repente, se oyó un alarido desgarrador en la cubierta:

—¡No! ¡Quieto, quieto! ¡Socorro, me ataca el gigante! ¡Ayúdenme!

Durante un segundo, Sterkey se quedó paralizado por el asombro. Luego, reaccionando, se lanzó escaleras arriba.

Cormoran descolgó un bichero del mamparo más cercano y corrió tras el joven. Kate les siguió inmediatamente, atraída por el estruendo de la lucha que se producía en cubierta.

Se oían alaridos de espanto y unos gruñidos ininteligibles de incalculable potencia.

Aquellos sonidos ponían los pelos de punta.

* * *

Sterkey llegó a cubierta y contempló un espectáculo que le hizo dudar de sus sentidos.

Comparado con el gigante, Saphson parecía un enano, a pesar de su envergadura. Sin embargo, luchaba con la fuerza que le daba la desesperación de tener que defender la vida a toda costa.

Aullaba y vociferaba, a la vez que asestaba tremendos puñetazos en aquella cara situada a sesenta centímetros más alta que la suya. Pero el rostro del gigante parecía de granito.

Sterkey levantó el revólver. Los movimientos de los contendientes, sin embargo, le impedían fijar la puntería.

Cormoran dio unos pasos cautelosos, con el bichero en las manos, intentando situarse a retaguardia del gigante. De súbito, unas manos poderosísimas alzaron a Saphson en vilo.

El pelirrojo perneó frenéticamente. Su adversario le arrojó contra el suelo, haciéndole chocar con fuerza indescriptible.

Un horripilante alarido brotó de los labios de Saphson. Quiso moverse, pero le resultó imposible.

Sterkey adivinó que el golpe le había partido el espinazo. Antes de que pudiera hacer algo, el gigante se inclinó, agarró a Saphson de nuevo y lo levantó sobre su cabeza.

Dos enormes brazos obraron a modo de catapulta. Saphson emitió un espantoso chillido al sentirse volar por los aires.

Los espectadores de la escena se quedaron estupefactos al ver que el cuerpo de Saphson recorría una enorme distancia en aquel indescriptible vuelo. Chocó contra el iceberg del otro lado, rebotó y cayó al mar, desapareciendo tras una nube de espumas.

El gigante se volvió entonces. Sterkey se fijó en que sus ojos despedían una luminosidad especial, con leves intermitencias. Permaneció inmóvil un momento, pero con el revólver preparado para evitar un posible ataque.

Pero sus temores no se cumplieron. De súbito, el gigante dio media vuelta.

—Se marcha —exclamó Kate.

Cormoran avanzó un paso.

—Quieto, Jake —dijo Sterkey.

—La diadema, quiero la diadema —chilló Ann, frenéticamente.

El gigante había descendido a la plataforma de hielo, desapareciendo momentáneamente de la vista de las cuatro personas. Inesperadamente, surgió de nuevo.

Ahora traía la diadema en sus manos. El fulgor de la joya casi deslumbraba. Ann dio un par de pasos hacia el gigante.

—Es mía, mía… —clamó, a la vez que alargaba los brazos.

El gigante la rechazó con un leve movimiento de su mano. Para Ann, sin embargo, fue como si hubiera recibido un puñetazo, porque rodó por el suelo como un pelele.

El gigante continuó su avance. Sterkey, Kate y Cormoran se sentían incapaces de pronunciar una sola palabra.

Lentamente, las manos del ser misterioso se alzaron un poco. Kate presintió lo que iba a suceder y echó para atrás la capucha de su chaquetón. Un segundo más tarde, la diadema rodeaba sus sienes.

Kate sintió en el acto un leve calorcillo, como si una nueva savia circulara por sus venas. Sonrió. El gigante cruzó las manos sobre el pecho, se inclinó ligeramente y dio unos pasos hacia atrás.

Súbitamente, estallaron varios disparos.

—Maldito, maldito, esa diadema es mía… —gritaba Ann, enloquecida, a la vez que hacía fuego sin cesar con el fusil abandonado por Saphson.

El gigante se volvió hacia ella. Las balas no parecían causar quebranto en su inmenso corpachón.

De pronto, alargó las dos manos, encerrando en ellas la cabeza de Ann. Se oyó un alarido espeluznante, cortado en el acto por el horrible chasquido de unos huesos. La sangre corrió por los dedos del gigante, entre los cuales había saltado la cabeza de Ann, aplastada como una nuez.

Un cadáver se desplomó, arrojando torrentes de rojo líquido. La cara de Ann se había convertido en una espantosa máscara.

El gigante se marchó, sin volver la espalda una sola vez. De pronto, empezó a despedir humo.

Más bien eran unos vapores extraños, que ascendían a la atmósfera en volutas cada vez más densas. El cuerpo del gigante desapareció tras aquella humareda.

Los vapores se disiparon casi de repente. Sterkey, Kate y Cormoran, atónitos, vieron que el gigante se había esfumado de un modo absolutamente literal.

Durante unos segundos, permanecieron mudos, incapaces de hablar. De súbito, el suelo trepidó ligeramente.

—¡Aprisa! —gritó Sterkey—. Esto puede dar la voltereta de un momento a otro.

La balsa se hallaba ya reparada y en condiciones. Minutos más tarde, se separaban del iceberg.

Estaban a unos trescientos metros, cuando oyeron un terrible estrépito.

Los restos del *Attruk* dieron la vuelta y se hundieron en el mar, provocando un fortísimo oleaje. Sterkey dio todo el gas al motor, a fin de evitar las consecuencias de aquel pequeño maremoto.

Momentos después, el mar había recobrado su apariencia normal. Nada en su tranquila superficie indicaba la tragedia que acababa de producirse poco antes.

* * *

—¿Cómo llegaremos a saber jamás la forma en que ese gigante quedó atrapado en el hielo y volvió a despertar tras un sueño de un millón de años? El profesor Orning suponía qué esto era posible, pero no llegó a presenciarlo —dijo Kate.

—Y se convirtió en humo, después de entregarte la diadema. No cabe la menor duda de que eras la destinataria —sonrió Sterkey.

—¿Yo? —dudó la joven.

—Si suponemos que ese ser llevaba la diadema para una mujer, es indudable que se parecía

muchísimo a ti. Hace un millón de años, le confiaron una misión. Su memoria no había fallado en todo ese tiempo. Te reconoció, puso la diadema sobre tu cabeza y dio por cumplida la misión. Entonces, se convirtió en humo.

—¿Por qué, *Bull*?

—Desconocemos la clase de civilización a la que pertenecía ese hombre. Acaso se sacrificó voluntariamente por su reina; tal vez sabía que moriría una vez entregada la diadema… Es probable que hubiese tomado alguna droga que le permitió subsistir en estado de hibernación. Al despertar, la droga pudo causar efectos digamos disolventes…

—Pero devoró a Kenneth…

—Necesitaba subsistir hasta ejecutar la misión. Kenneth no era para él otra cosa que alimento.

—Sí —suspiró Kate—. Pero ¿qué me dices de Nordolly y sus cuatro acompañantes? ¿Por qué murieron tan misteriosamente?

—Quizá los mató el propio hermano de Saphson. Estaba embarcado en el *Ardyman* —terció Cormoran inesperadamente.

Sterkey se volvió hacia el esquimal.

—¿Cómo lo sabes, Jake? —exclamó.

—¿Es que no lo sabía usted también?

—Sí, pero no se me había ocurrido…

—Saphson no sabía nada en un principio. Su hermano le contó algo, seguro. Usted sabe muy bien que no volvió a embarcar, después del viaje del *Ardyman*. Probablemente espera ahora una parte de la fortuna que es esa diadema…, pero esperará en vano.

—Sí, tal vez tengas razón. Envenenó a aquellos cinco desdichados, no cabe otra explicación.

—Y el médico del *Ardyman* se dejó engañar por cinco falsos ataques cardíacos —intervino Kate.

Hubo una pausa. La balsa se deslizaba fácilmente entre los icebergs. Había amplitud de espacio y, en la proa, una lona sostenida por palos, hacía el papel de tienda de campaña para refugiarse durante los periodos de descanso.

—Me pregunto cómo el capitán Nordolly conoció la existencia del gigante y la diadema —dijo Kate de pronto—. ¿Lo sabía ya?

—Nordolly y sus cuatro acompañantes fueron a buscar un paso para salir del atolladero en que nos encontrábamos. Pero pensaron volver algún día, al encontrar el gigante; las provisiones escaseaban ya mucho y no disponían de medios adecuados para conseguir llevar el gigante al barco. Quizá Nordolly presintió su muerte… y por eso escribió el relato de su aventura —explicó Sterkey.

—Sí, parece lógico —aprobó ella.

De pronto, Sterkey lanzó una exclamación:

—¡El mar libre!

Tres rostros se volvieron hacia proa. Ante ellos, se extendía una enorme superficie líquida de color azulado, surcada por pequeñas manchitas de blanca espuma.

En el horizonte se divisaba una tenue humareda. Sterkey puso proa hacia el barco que representaría su salvación.

—En cuanto a la diadema… —empezó a decir.

—La entregaré a la Sociedad Científica de Boston, que había financiado, aunque Ann sostuviera lo contrario, buena parte de la expedición —resolvió Kate.

Sterkey se encogió de hombros. La diadema no le importaba tanto como la propia vida.

Y la dignidad.

De súbito, estalló un disparo.

Algo cayó revoloteando de las alturas. Cormoran rió satisfecho:

—Al fin he acabado contigo, negro pájaro de la muerte —exclamó.

El albatros negro chocó contra el mar. Las olas lo agitaron unos momentos. Luego, los ocupantes de la balsa lo perdieron de vista.

—Kate —dijo Sterkey.

—¿Sí, *Bull*?

—No pienso embarcar más. Me iré a una granja que estoy a punto de pagar por completo.

Ella sonrió.

—Una granja necesita también una granjera, me parece —dijo.

—Sí, justamente —convino Sterkey con amplia sonrisa.

F I N



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2.000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.